

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

...Y tu enemigo, una tumba

Brigitte ha de ir a Acapulco, México, en misión diplomática, para llegar a un acuerdo con cinco diplomáticos sudamericanos. Allí conocerá a un espía ruso que le recuerda que en espionaje, es válido como en ninguna otra profesión, el refrán ruso que dice: «Tu amigo te hará un castillo, y tu enemigo, una tumba».



Lou Carrigan

…Y tu enemigo, una tumba

Brigitte en acción - 233

Archivo Secreto - 191

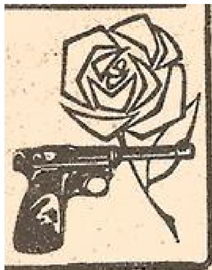
ePub r1.2

Titivillus 14.08.2017

Lou Carrigan, 1976
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Míster Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, alzó la cabeza, dejando de contemplar los documentos que tenía sobre la mesa, y miró hacia la puerta, apretando al mismo tiempo el botón que, en el pasillo, encendía la lucecita verde, de autorización.

La puerta se abrió, y un ángel entró en el despacho.

Un auténtico ángel: Brigitte Bierrenbach Montfort, alias Baby, la más completa agente secreto de la CIA y del mundo entero. Por tanto, además de inteligencia al máximo, mortífera, como correspondía a un espía de altos vuelos. De altísimos vuelos.

Pero un ángel… Bellísima, elegante, de aspecto dulce y delicado, con sus grandiosos ojos azules, su piel dorada por el sol, su sonrisa amable, cariñosa… Un ángel.

Míster Cavanagh se puso en pie, y sonrió levemente. Tan levemente, que sus labios apenas se movieron. Quizá, porque la sonrisa estaba por dentro. La sonrisa y el afecto hasta la muerte que sentía por la agente Baby, la cual era no sólo su mejor elemento en el Grupo de Acción, sino que, varios años atrás, en Buenos Aires, cuando él era un simple, espía en activo, le había salvado la vida… Pero eso era ya cosa pasada. En aquéllos tiempos, la señorita Montfort era una jovencita decidida, valerosa, aunque todavía un poco inexperta.

Sí. Aquello era ya cosa pasada. Ahora, míster Cavanagh tenía ante él, mirándole de aquel modo entre cariñoso y socarrón, a la espía capaz de llevar a cabo con éxito completo cualquier misión que se le encomendase. Cualquiera. No importaba lo que fuese, ella la terminaría con éxito.

Rodeó la mesa, saliendo a su encuentro, y le tendió la mano mientras miraba, fascinado como siempre los sensacionales ojos azules.

—¿Ha tenido buen viaje? —se interesó.

Brigitte mostró el ramo de rosas rojas que tenía en una mano.

—Como, siempre. Y como siempre, mis Simones me estaban esperando con rosas rojas.

—Huelen muy bien —susurró Cavanagh—. ¿Ha traído su equipaje?

—Desde luego. Pero está todavía en el helicóptero. ¿Lo hago traer aquí?

—No, no… Desde aquí irá directamente al aeropuerto, en el helicóptero, de modo que está bien así; Por favor, siéntese.

—¡Caramba! —Alzó Brigitte las cejas—. O mejor aún, como diría Frankie: ¡Zambomba, qué acogida más protocolaria, señor! ¿Ya no somos amigos personales?

—¿Qué dice? —Respingó Cavanagh—. ¡Claro que somos amigos personales!

—¡Ah, bueno…! Lo preguntaba porque si usted me había retirado su amistad y afecto personal, tacharía su nombre de mi lista de invitados para estas Navidades. Puesto que no es así…

Besó a Cavanagh en ambas mejillas, y entonces se sentó, cruzando las piernas, de modo que las mostró con generosidad, pero con elegancia. Siempre con elegancia. Cavanagh estuvo mirando unos segundos aquellas bellísimas piernas. Luego, parpadeó, fue a sentarse tras su mesa, y empujó hacia Brigitte la caja de cigarrillos.

—Muy amable —sonrió Brigitte.

—Tiene que ir a Acapulco, México.

Brigitte encendió el cigarrillo, y contestó, mirando el humo:

—Dé momento, el lugar me gusta. ¿Tendré que estar allí muchos días?

—No. Debe…; estudiar a unas personas. Y no creo que usted necesite muchos días para eso.

—¿Qué quiere decir que debo estudiar a unas personas?

—En realidad, este asunto corresponde más bien a nuestra diplomacia que a la CIA. En principio, se había pensado enviar allá a unos cuantos diplomáticos de primera clase, acompañados de un par de expertos psicólogos, pero la cosa nos pareció un tanto… espectacular, y, quizá, un poco ofensiva para esas personas que están esperando realizar las negociaciones. Y desde luego, les habríamos inquietado. Lo cual no nos interesa en modo alguno. La inquietud provoca la desconfianza, y nosotros queremos que, sobre

todo, básicamente, esas personas confíen en el personal que les enviemos.

—¿El personal? ¿Eso quiere decir que alguien vendrá conmigo a Acapulco?

—No. Irá sola. Son cinco hombres, que ya han sido informados de su visita…

—¿De la visita de la agente Baby?

—¡No… no, no! —Se sobresaltó Cavanagh—. ¡Claro que no! A esos cinco hombres se les ha dicho que les visitará la señorita Lili Connors, una de nuestras diplomáticas para misiones especiales. Por lo tanto, ellos están esperando a una mujer rubia y de ojos verdes… Lo siento, Brigitte, pero…

—Me disgusta no utilizar mi verdadero aspecto, pero acepto siempre de muy buen grado, las medidas de seguridad. Y digo esto porque según entiendo, hay peligro… ¿O no?

—Esperamos que no. Tengo aquí —Cavanagh empujó hacia Brigitte la carpeta cuyo contenido había estado examinando hasta entonces— una parte del *dossier*. Puede usted examinar las fotografías de esos cinco hombres, y conocer sus nombres, así como sus respectivos países de procedencia…, que no deben ser mencionados por nadie en ningún momento.

Brigitte tomó la carpeta, la abrió, y dedicó su atención, en primer lugar, a las diez fotografías, dos de cada hombre, tomadas una de perfil y una de frente.

Ninguno de ellos era menor de cuarenta años, ni mayor de cincuenta. Hombres interesantes, atractivos, de ojos oscuros, cabello negro… De aspecto inteligente. Sudamericanos. Sus nombres eran Raúl Cárdenas, Pedro Serrano, Miguel Olivares, Zenón Barbosa y Anastasio Olea.

Alzó la mirada, asintió, y Cavanagh comprendió: aquellos cinco rostros habían quedado fotografiados para siempre en la mente de la espía internacional.

—Son diplomáticos —murmuró—. También un poco especiales, según tenemos entendido. Lo cual es, lógico, teniendo en cuenta la índole de su misión: han sido designados para devolver a Estados Unidos ciertos documentos… Compromisos firmados entre la Casa Blanca y sus respectivos Gobiernos hace algunos meses, estando el señor Nixon en el cargo.

—¿Y estos hombres quieren devolver unos documentos firmados por el señor Nixon? ¿Por qué?

—La realidad es que no han sido ellos los que han iniciado las negociaciones de devolución, sino nosotros… Concretamente, la Casa Blanca.

—Debo entender que a la Casa Blanca le interesa recuperar esos documentos con compromisos firmados por Richard Nixon… ¿No?

—Exactamente.

—¿Y esos cinco Gobiernos han aceptado?

—Bajo ciertas condiciones.

Los bellísimos ojos azules se entornaron, expectantes.

—¿Qué condiciones?

—Dinero.

—Dinero —la expresión de la divina espía fue de desencanto—. Bueno, pues se les paga y en paz. Me parece un asunto de baja categoría, señor.

—No… No, no, no… Fuimos nosotros los que ofrecimos compensaciones económicas a cambio de vernos desligados del cumplimiento de esos compromisos. Ellos, en principio, no parecían dispuestos a aceptar, pero nosotros insistimos. En estos momentos, la resolución del asunto depende, solamente, de dos puntos. Uno, es la cantidad a convenir con esos cinco diplomáticos.

—¿Quién fijará esa cantidad? ¿Ellos?

—Esperamos de usted que lleve las negociaciones de modo que el asunto no le cueste demasiado caro a nuestro Gobierno.

—No me gusta discutir por dinero —frunció el ceño Brigitte—. ¿Cuál es el punto número dos?

—Ese punto es el que ha determinado la elección de usted para cumplir la misión: queremos saber qué es lo que piensan esos cinco diplomáticos.

—¿Se supone que yo adivino el pensamiento? —rió Brigitte.

—No. Pero está definitivamente comprobado que sabe leer en las mentes de las personas. No de un modo concreto, claro… No se trata de que lea en esas cinco mentes como si fuesen otros tantos libros… Eso es imposible, claro. Pero… Bien, yo tengo la seguridad de que usted podrá saber qué es lo que realmente piensan y pretenden, en el fondo, esos cinco hombres.

—Está bien. Creo que puedo hacer eso. Pero…, ¿acaso no está

todo bien claro? Ellos tienen los documentos y quieren dinero a cambio de ellos… A mí me parece muy simple.

—¡Ojalá fuese así de simple…! Pero no lo es. Veamos… Esos documentos, esos compromisos firmados por el señor Nixon cuando era presidente de Estados Unidos, tienen perfecta validez; habida cuenta de que no era un acuerdo personal del señor Nixon, sino del Gobierno de Estados Unidos con esos cinco países. El señor Nixon tenía una conocida tendencia a prestar mucha atención a los asuntos internacionales, a una cierta política expansionista. Ni mucho menos se le censura eso, no… Pero, según parece, esos compromisos demuestran una gran tendencia norteamericana a… intimar con los países sudamericanos.

—¿Y qué tiene eso de malo? —Se pasmó Brigitte.

—En sí mismo, nada. Lo malo está en que esa tendencia a intimar con Sudamérica está basada en descuidar nuestras relaciones y compromisos con Europa, en el aspecto comercial, político y militar.

Brigitte palideció.

—¿Es una broma? —exclamó.

—Desdichadamente, no. Para conseguir esa intimidad total con Sudamérica, iniciada con esos cinco países, está previsto, para dentro de muy pocos meses, una especie de… sacrificio de algunos de nuestros mejores amigos europeos. Le diré solamente la cuestión que yo considero más importante: con el fin de reforzar militarmente todo el continente sudamericano, Estados Unidos tenía prevista la retirada de una gran parte de sus fuerzas de la OTAN instaladas en Europa.

—¡Pero no podemos hacer eso! ¡Por Dios…!

—Bueno —Cavanagh movió la cabeza—. Lo cierto es que esos documentos, que, además, contienen otros términos de acuerdo, fueron firmados por la Casa Blanca. Entiéndalo: no por el señor Nixon, sino por él como presidente de Estados Unidos. Y por supuesto, no fue una decisión que tomó en solitario. Quizá, nuestros gobernantes tomaron esa decisión en momentos de cierta tirantez con Europa, pensando que se podría formar un nuevo pacto militar que abarcaría todo el continente americano, desde Alaska al cabo de Hornos.

—¡Pero si los europeos se enteran de esto…!

Brigitte no dijo nada más. Se quedó mirando fijamente a Cavanagh, que sonrió tristemente y asintió con la cabeza.

—Esa es precisamente la cuestión, Brigitte. Ni los europeos ni nadie debe enterarse de esto. Quizá Europa aceptase incluso con indiferencia este coqueteo de nuestro país con los países sudamericanos, pero la verdad es que se teme que se lo tomasen muy mal. Habida cuenta, claro, de que esos acuerdos, de ser cumplidos, significaría reducir muy considerablemente las fuerzas de la OTAN. Lo que queremos ahora es recuperar esos documentos, que están en Acapulco, esperando el acuerdo económico. Por esa parte, no hay problema: puede usted llegar hasta cualquier cantidad… razonable, claro. Lo dejamos a su criterio. Pero, lo que queremos saber con toda seguridad es si esos cinco países piensan utilizar diplomáticamente el contenido de esos documentos en sus relaciones con Europa, o con los otros países sudamericanos con los que aún no se había firmado nada. En definitiva: tememos que, pese a devolvernos los documentos a cambio de dinero, esos cinco países tengan ciertos proyectos que podrían definirse como de espionaje al utilizar el contenido de esos documentos. Queremos saber qué piensan, cuál es su actitud. No hace falta que usted comente esto con ellos… Pero queremos saberlo, porque, según lo que ellos tengan en proyecto Estados Unidos maniobrará diplomáticamente, de tal modo, que, cuando los países europeos pudiesen enterarse de esos compromisos, la situación haya sido salvada con anterioridad.

—Entiendo. Y haré todo lo que pueda. Sin embargo, hay un punto que creo debería ser mencionado ahora, señor.

—¿Cuál?

—Seguramente, me devolverán esos documentos. Y quizá en la actualidad, la actitud de esos cinco países sudamericanos sea conveniente para nosotros, en cuyo caso, todo iría bien. Pero más adelante, quizá decidan utilizar esos documentos… Y naturalmente, habrán obtenido copias de ellos:

—Es lógico. Pero una copia no es el original: nosotros diríamos que era una falsedad, y asunto terminado. La palabra de ellos contra la del Gobierno de Estados Unidos.

—Ya… ¿Y si los documentos que me entregan a mi son falsos y se quedan los auténticos?

—¡Oh, vamos! —sonrió Cavanagh—. ¿Alguien podría engañar a

la agente Baby?

—Desde luego que sí —refunfuñó Brigitte.

—Muy razonable por su parte. Y naturalmente, hemos previsto esa posible contingencia. Para ciertos acuerdos, la Casa Blanca utiliza un papel especial, cuyas características no vienen al caso, pero que usted podrá identificar con suma facilidad… Le hemos preparado en los laboratorios un pequeño obsequio.

De un bolsillo sacó, una botellita de cristal tallado, que tendió a Brigitte, Era muy pequeña, de un cierto tono rosado. Brigitte retiró el tapón, y olfateó cuidadosamente. Sonrió.

—Parece un perfume.

—Lo es…: Pero además contiene cierta sustancia muy interesante. Cuando usted reciba los documentos, deberá dejar caer una gota de este perfume sobre cada página. Si todas las páginas son auténticas, procedentes de la Casa Blanca, esa gota de perfume tomará inmediatamente un color rojo. Si no sucede así, puede rechazar los documentos. Y entonces es cuando, realmente, esperamos que la agente Baby nos solucione, una vez más, la enojosa situación… ¿Comprende ahora por qué no podíamos enviar a unos diplomáticos corrientes, por muy de primera clase que fuesen?

—Eso quiere decir, según yo entiendo, que si no me entregan a las buenas los documentos auténticos, yo deberé conseguirlos… como sea.

—Sí.

—¿Y si esos documentos auténticos están, cada uno, en la casa de Gobierno de cada uno de esos países, y a Acapulco solamente han llevado copias?

—En ese caso, nos tememos que su estancia en Sudamérica sería más prolongada, pero el resultado sería el mismo: queremos los documentos. Los verdaderos.

—Me siento feliz cuando compruebo cuantísima fe tienen en mí —sonrió irónicamente Brigitte—. ¿Me está esperando alguien en Acapulco?

—No. Hemos limpiado la zona, ya que queremos hacer las cosas con limpieza y tranquilidad. Sin embargo, si llegase usted a necesitar ayuda, tengo entendido que ya conoce cierto número telefónico de Ciudad México, ¿no es así?

—Espero no tener que molestar a nadie. ¿Cuándo salgo?

—Hace dos días que toda su documentación —Cavanagh tendió un sobre a Brigitte— y pasajes de vuelo la están esperando. Sale dentro de hora y media del aeropuerto Foster Dulles. Puede elegir entre ir allá en el helicóptero que la ha traído desde Nueva York, o bien tomar un taxi, un bus, pedirnos un coche…

—Tengo mis cosas en el helicóptero, así que lo más cómodo es seguir utilizándolo. Supongo que esta misma noche estaré en Acapulco. Y una vez allí… ¿Cómo localizo a esos cinco hombres?

Cavanagh sonrió secamente:

—Están en una villa protegida por un puñado de gente que, según los informes, componen algo así como un pequeño ejército de mercenarios de aspecto verdaderamente peligroso.

—¿Y eso por qué? —se sorprendió Brigitte.

—Entendemos que no confían en los norteamericanos y que se han prevenido contra la posibilidad de que nosotros queramos recuperar esos documentos por la fuerza.

—Lo cual puede indicar que tienen allí los verdaderos documentos.

—En efecto… Tiene usted habitación reservada en el hotel Acapulco Marriot. Pensamos en el Hilton, o el Ritz, pero ni siquiera a la CIA le resulta fácil, en ocasiones, conseguir alojamiento para su personal. Por otra parte, el Acapulco Marriot es de los mejores, construido delante de la mismísima Playa Condesa… Espero que le guste.

—Quizá me inviten a quedarme en esa villa —sonrió la divinísima espía—. ¿Cómo la localizo?

—No. Ellos enviarán a alguien a recoger en el Acapulco Marriot a la señorita Lili Connors. No sé exactamente cuándo, ya que, según creemos, los cinco están realizando una especie de conferencia para ponerse de acuerdo sobre sus puntos de exigencia a nuestra enviada.

—Entiendo. Es extraño que eso cinco hombres, esos cinco Gobiernos, se hayan puesto de acuerdo para reunirse y tratar con nosotros todos a la vez, ¿no cree, señor?

—No. La villa es de la CIA. Nosotros los convocamos a los cinco, allí… Y ellos pusieron ese pequeño ejército de tipos peligrosos, por si nos queríamos pasar de listos. Para demostrarles que nuestras

intenciones son pacíficas, les dijimos que retiraríamos a todo nuestro personal de Acapulco, y que enviaríamos a una mujer… Eso pareció satisfacerles mucho.

—Sí —sonrió de nuevo Brigitte—. A fin de cuentas, las mujeres siempre somos menos peligrosas que los hombres.

Míster Cavanagh no pudo contener del todo una carcajada.

—Bueno —exclamó—, si ellos creen eso, es cosa suya.

—Sí, claro… ¿Algo más, señor?

—No. Feliz viaje, señorita Connors. Y… hasta la vuelta.

—Puede estar seguro de ello. No tengo la menor intención de quedarme para siempre en Acapulco.

Capítulo II

Tras un veloz transbordo en Ciudad México, la señorita Lili Connors llegó a Acapulco, efectivamente, aquella misma noche. En el aeropuerto de Acapulco tomó un taxi, para recorrer los veinticuatro kilómetros que lo separaban de la ciudad. Y una vez en ésta, se hizo llevar al hotel Acapulco Marriot, cuya puntiaguda cúpula estaba bellamente iluminada en color verde. Un botones se hizo cargo de las dos maletas de la señorita Connors, mientras ésta llevaba personalmente aquel gracioso maletín rojo con florecillas azules estampadas.

La señorita Lili Connors, en efecto, tenía una reserva. Una hermosa *suite*, nada menos que en el piso catorce: la 1406… En definitiva, hacia las nueve de la noche, la señorita Connors, sin contratiempo de ninguna clase, quedaba instalada en uno de los mejores hoteles de Acapulco.

Siempre metódica y ordenada, distribuyó en el armario el contenido de su equipaje, y, finalmente, echó un vistazo a su maletín. Todo estaba en orden. Absolutamente todo. Aunque quizá… Se quedó mirando la radio de bolsillo dubitativa. Míster Cavanagh le había dicho que la zona había quedado limpia, pero…, ¿quién sabe? En espionaje, si es que aquel asunto era de espionaje a fin de cuentas, podía ocurrir siempre lo inesperado, lo imprevisto.

—No va a perjudicarme en nada colocar la onda de la zona, supongo —decidió.

Con el punzón cambió la disposición de las placas de la pequeña radio, adaptándola a la onda de Acapulco. No era de esperar que nadie llamase, pero si llamaban, ella lo sabría.

Eran las diez y media de la noche cuando Lili, tras un baño tibio qué contribuyó a proporcionar un frescor final a su piel, salía a la terraza de la *suite*, fumando un cigarrillo. Estuvo allí hasta que lo terminó, contemplando la bahía. Enfrente y a la izquierda veía las

luces de la Base Naval; a la derecha, las luces del hotel Prado, y un poco más allá, el Club de Yates. Y en las aguas negras por la noche, el reflejo de luces de todos los colores…

—Cualquier día —se dijo— decidiré dedicarme a contemplar de verdad la belleza del mundo que me rodea, en lugar de pasar ante ella pensando en sobrevivir… Sí, cualquier día.

Casi a las once de la noche, Lili Connors terminó de leer en inglés y español el programa del Palacio de Bellas Artes de México capital, en el cual actuaba el *Ballet* Folklórico. Sí… Cualquier día. El programa estaba allí, naturalmente, para que los clientes del hotel se enterasen de que podían desplazarse a la capital a presenciar un espectáculo interesante, de gran calidad. Y si ella, realmente, hubiese estado allí por turismo, por supuesto que se habría desplazado a Ciudad México. Pero, en fin…

Diez segundos después de haber dejado el programa sobre la mesita de noche, y haber apagado la luz de la lamparilla, Lili Connors estaba profundamente dormida.

Tan sólo siete minutos más tarde, despertó, se sentó en la cama, encendió la lamparilla, y se quedó mirando la radio de bolsillo, que había dejado sobre la mesita de noche.

Tu-tu-tu-tu-tu-tu…, sonaba la radio, discretamente.

Alargó la mano, apretó el botón, abriendo el canal, y susurró:

—¿Sí?

—Oiga —sonó la voz de un hombre—, ¿quién es usted? ¿Qué significa esto?

—¿Perdón?

—¿Qué clase de cacharro es éste?

Lili Connors se pasó la lengua por los labios.

—¿A qué cacharro se refiere usted, señor?

—Pues éste en el que estoy oyéndola a usted.

—Es una radio… Un radio-receptor, supongo. De otro modo, no podríamos estar en contacto. ¿Quién es usted?

—¿Yo? ¡Bueno, al demonio si se lo voy a decir! Mire, señora, yo no quiero ninguna clase de líos, así que voy a avisar ahora mismo a la policía.

—¿Por qué motivo? No estamos haciendo nada malo, creo yo.

—Pues no… Hablar con alguien a quien no veo, por medio de una caja de metal, no me parece nada malo, pero le aseguro que no

quiero líos, así que…

—¿Cuál es el lío, señor? —se interesó, con gran paciencia, la señorita Connors.

—¿Usted no lo sabe?

—No. Comprenda usted; le estoy oyendo, pero no le veo, ni sé dónde está, ni qué pasa, de modo que no puedo saber cuál es el lío que no le gusta. ¿Será tan amable de decirme qué ocurre?

—Le estoy hablando de este hombre que he encontrado en mi lancha, lleno de sangre por todas partes. ¿Es amigo de usted?

—¿Por qué piensa eso?

—¡Demonios! Si tienen unas cosas de éstas para comunicarse, no creo que sean enemigos, señora.

—Entiendo que usted ha encontrado esa radio sobre ese hombre herido. ¿Tiene documentación?

—¿Yo?

—No, no… El herido… ¿O está muerto?

—A mí me parece que está vivo todavía… ¿Documentación? No lo sé… ¿Quiere que lo registre de nuevo?

—Se lo agradecería.

Tuvo que esperar más de un minuto. Mientras tanto, oía apagadamente rumor de motores diferentes. Tan apagadamente, que comprendió que la lancha donde estaba aquel hombre no estaba en marcha. Pero sí estaba cerca de otras lanchas, o yates, o cualquier clase de embarcaciones que pasaban por allí cerca…

—¿Oiga, señora?

—Sí, sí, le escucho… Dígame.

—Pues sí, le he encontrado un documento en la billetera… Este tipo es norteamericano. Según parece se llama Aldo Hammer. Bueno, mi pronunciación…

—No se preocupe por eso —Lili sentía una corriente de frío por la espalda—. Voy a pedirle un favor, señor. Un gran favor.

—¿Qué favor? —desconfió el desconocido.

—No avise a la policía. Yo voy inmediatamente para ahí, y le daré toda clase de explicaciones. Si a pesar de ellas, usted insiste en avisar a la policía, no me opondré. Pero creo que para usted seria menos comprometido y molesto que yo retirase el herido de su lancha… ¿No le parece?

—Pues sí… Bueno, no sé. Maldita sea mi suerte, ¡siempre tienen

que pasarme cosas!

—Si yo voy ahí y me encargo del herido se va a ahorrar muchas molestias, de veras. Imagínese que llama a la policía: le van a preguntar quién es ese Aldo Hammer, qué hace en su lancha, si lo ha herido usted… Verdaderamente, se metería usted en un lío, le iban a complicar la vida durante algunos días, eso es seguro. En cambio, yo llego ahí, me hago cargo del señor Hammer, y usted se queda como si nada hubiese ocurrido. Por favor.

—¡Caray…! Bueno, está bien. La espero.

—Muchas gracias… ¿Adónde tengo que ir, señor?

—Al Club de Yates, claro. Tengo, mi lancha aquí.

—Ah, muy bien… ¿Cuál es el nombre de su lancha?

—Rosalía.

—Es un bonito nombre… ¿Y el suyo, señor?

—Escuche, señora, ya le he dicho…

—Sí, sí, está bien… Llegaré en veinte minutos, más o menos. Pasearé a paso rápido por el embarcadero. Voy a llevar un vestido de color… azul oscuro. Soy rubia.

—Bueno, bueno, está bien… Veinte minutos, ¿eh?

—Sí, sí.

—¿Qué hago ahora con este trasto?

—Apriete el mismo botón que ha apretado antes, y la comunicación quedará cortada. Pero si… ¿Señor? ¿Me oye usted, señor?

Se quedó unos segundos mirando la radio. Evidentemente, el desconocido no tenía una idea precisamente clara sobre cómo se utilizaban aquellos cacharros, y había apretado el botón en cuanto oyó las instrucciones, cortando el contacto. Bueno, no importaba…

Descolgó el auricular del teléfono.

—¿…?

—Soy Lili Connors, de la catorce cero seis. Por favor, ¿podrían conseguirme un taxi inmediatamente? O un coche de alquiler. Lo que sea. Necesito…

—…

—¡Ah, bien! Muchas gracias.

Colgó, corrió al armario, sacó el vestido azul oscuro y se lo puso en cuestión de segundos. Se calzó, recogió el maletín, metió dentro la radio de bolsillo, y, tras vacilar, deslizó la pistolita en el escote.

Ni siquiera habían pasado seis minutos cuando Lili Connors entraba en el taxi que la estaba esperando delante del hotel. Pidió que la llevase al Club de Yates, y el hombre, tras una mirada por el retrovisor que expresaba su conformidad con el hecho de que aquella preciosidad tuviera un yate, puso en marcha el motor.

Habían transcurrido veintidós minutos desde la llamada por radio cuando Lili se apeaba en el embarcadero del Club de Yates. Pagó la carrera, y se volvió, mirando hacia las embarcaciones allí amarradas. El taxi emprendió el regreso, y ella comenzó a caminar, con paso vivo, mirando a todos lados.

En seguida vio al hombre que caminaba también rápidamente a su encuentro. Se detuvo, y se quedó esperándolo, mirándolo con gran atención. Puesto que él llegaba del borde del embarcadero, la luz de la avenida le daba de lleno en el rostro… Un rostro grande, hermoso, aunque un tanto tosco, quizá. Grandes ojos oscuros, espesas cejas, cabellera larga, negra, un poco enmarañada. El hombre aquel debía medir más de metro ochenta, era fuerte, sólido… No debía tener todavía cuarenta años. Vestía pantalones blancos camisa negra, y un chaquetón de marino también oscuro, posiblemente azul…

El hombre llegó ante ella, mirándola con cierta sorpresa.

—¿Es usted? —preguntó.

La pregunta parecía tonta, pero tenía sentido.

—Sí.

—La de la radio, ya sabe.

—Sí, sí… ¿Dónde está el herido?

—Tenemos que cruzar el puentecillo —señaló el hombre.

Era un bonito puentecillo con el piso de madera, y los lados pintados de rojo, que comunicaba el muelle con uno de los embarcaderos para embarcaciones pequeñas, arqueándose sobre el agua. Llegaron al embarcadero, y el hombre volvió a señalar. Legaron en pocos segundos ante una lancha cuyo nombre se veía bien claro: Rosalía.

—¿Cómo se lo va a llevar? —preguntó el hombre.

—Todavía no lo sé. Veamos primero cómo está… Quizá no sea conveniente moverlo, pues podría morir.

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso? ¡El trato…!

—Usted no se arrepentirá de hacer tratos conmigo, señor, se lo aseguro.

Él la miró de arriba abajo, todavía un poco sorprendido. Seguramente, había esperado encontrarse con una mujer muy diferente, y de más edad.

—Está bien.

Saltaron a la lancha. El hombre, abrió la doble puertecilla, y señaló una vez más, después, de encontrar el interruptor tanteando… Solamente habían tres escalones, de madera. Y el espacio habitable era tan reducido que allí estaba todo: una pequeña cocina de gas a la derecha, separada del lavabo por un tabique. Luego, dos literas, que estaban plegadas a la izquierda. A la derecha, bajo el ventanal, un diván corrido, y delante una mesita con revistas y una botella de licor… Era un pequeño espacio bien aprovechado.

El hombre llamado Aldo Hammer estaba tendido en el suelo, boca arriba, inmóvil. Tenía el pecho lleno de sangre. Y las manos. Había recibido dos heridas, al parecer, y se había llevado las manos allí… Parecía muerto, tan pálido estaba. Pero no. No estaba muerto… todavía, al menos.

—¿Tiene usted vendas?

—Alguna habrá en el botiquín, claro —farfulló el hombre.

—Tráigalas. O mejor, alguna sábana limpia… ¿Tiene?

—Lo miraré. ¿Qué piensa usted hacer?

—Ante todo, vendarle la herida, para que no sangre más. Luego, ya veremos… Dese prisa, por favor.

Baby dejó su maletín en el suelo, abierto. Luego, tomó unas tijeritas de manicura, y con ellas cortó como pudo las ropas de Aldo Hammer, dejando al descubierto las heridas. Dos, en efecto. Dos balazos en pleno pecho. Pero quizá todavía se pudiese hacer algo positivo por él…

—Tengo estas dos sábanas. Yo creo que están limpias…

—Gracias… Muchas gracias, señor. ¿Puede decirme exactamente qué ha ocurrido?

—¿Exactamente? ¡Que me maten si lo sé! Salí a eso de las ocho y media a cenar por ahí, y luego di un paseo, tomando una copa aquí y otra allá. Y cuando vuelvo a mi lancha, me encuentro a este hombre ahí, tal como lo ve… Eso me enseñará a no dejarme nunca

más abiertas las puertas de la cabina… Supongo que es amigo suyo.

—Sí, desde luego. —Baby estaba ahora taponando las dos heridas con parte del algodón hidrófilo plegado en una tira que siempre llevaba en el maletín, especialmente para retirarse maquillaje, o esmalte de las uñas—. ¿Tenía la radio en la mano, quizá?

—¿Quién? ¿Él? No… Al verlo me asusté, claro pero en seguida pensé que debía mirar si estaba vivo o muerto. Como estaba vivo, le registré, para ver si podía averiguar dónde vive, y entonces encontré la radio… Ni siquiera sé cómo me las arreglé para que usted me pudiese hablar.

—Debió apretar el botón sin darse cuenta. ¿No llevaba armas?

—¿Yo?

Baby le dirigió una rápida mirada.

—Él —señaló al herido.

—Pues no… Bueno, cuando seguí registrándole no encontré nada de eso. Escuche, señorita, ya le he dicho que no quiero líos. Si todo esto…

—Tranquilícese. Y ayúdeme… Tire con cuidado de ahí… Sí, sí, hay que romper la chaqueta, quitársela completamente, como sea. Con cuidado… También la camisa. Todo.

El torso del herido quedó desnudo, finalmente. Ayudada por el propietario de la lancha, Lili Connors vendó toscamente, pero con gran efectividad, el torso, ignorando la sangre que iba manchando sus manos.

—¿Conoce usted a algún médico de confianza?

—¿Qué quiere decir de confianza? —musitó el hombre—. ¿Quiere decir que sea bueno?

—Y discreto.

—¡Ah, ya…! No sé. Me parece que no.

—Hay que buscar uno, inmediatamente. De lo contrario, Simón va a morir en…

—¿Simón? ¿A quién se refiere? Porque este hombre se llama…

—Yo me entiendo. Será mejor que…

En realidad, Baby captó el movimiento de aquel hombre. Sí, captó su gesto alzando el brazo y en seguida, bajándolo, pero, al mismo tiempo que el principio de la comprensión de lo que esto podía significar, a su cabeza llegó con fuerte impacto, la culata de

la pistola que el hombre había sacado de un bolsillo del pantalón.

¡Cloc!, resonó la cabeza de la señorita Connors.

Cayó de bruces sobre el herido, todavía con capacidad para pensar que aquel golpe, aquella brusquedad, podía perjudicar al herido Simón; así que se apartó, puso una mano en el suelo…

¡Cloc!

Silenció y densas tinieblas.

Capítulo III

El primer sentido que entró en funciones fue el oído. No lo sabía aún, pero percibía el zumbido del motor de la lancha. Luego, percibió la leve trepidación. Finalmente, abrió los ojos, y se quedó mirando el blanco techo, muy bajo; primero fue una simple mancha blanca. Luego, percibió los detalles.

—Queda demostrado —oyó una voz conocida— que la fantasía de la gente es fabulosa.

Volvió la cabeza hacia donde había oído, la voz, y sintió tal dolor de cabeza, y en los ojos, que cerró éstos. Pero ya había visto al propietario de la lancha, sentado cerca de ella, en el borde de una de las literas. Luego, ya no estaba solo, pues alguien debía estar en cubierta, pilotando la lancha…

—Y digo esto porque después de tantos años de oír hablar de la agente Baby de la CIA ya había llegado a creerme, ingenuamente, que era, en verdad, invencible. ¡Qué tontería!, ¿verdad?

Lili suspiró profundamente, y volvió a abrir los ojos. Se quedó mirando al hombre, fijamente. Su aspecto era el de un rudo marino, simplemente. Atractivo, quizá, pero algo tosco. Y sin embargo, aquel hombre era inteligente… Era un espía.

—¿MVD? —susurró Baby—. ¿Ruso?

—Mi nombre es Casimir Okavief. Pero aquí, en México, puede usted llamarme Casimiro Rosales. ¿Cuál es el nombre de usted?

—Lili Connors.

—He examinado su maletín, y no he encontrado en él nada que garantice eso:

—Mi pasaporte está en el hotel.

—¿Qué hotel?

—Un hotel.

Casimir Okavief sonrió; movió un pie, y siguiendo la dirección de ese gesto, Baby vio en el suelo su maletín, abierto, muy revuelto

todo algunas cosas por el suelo.

—Interesante contenido el de su maletín, señorita Connors. Y también el de su escote… ¡Oh, pero no crea que me refiero a sus senos, sino a la pistolita que llevaba entre ellos! Por otra parte —su sonrisa se amplió—, sus senos son realmente preciosos, desde luego.

—Muy amable. ¿No va a soltarme las manos?

—Para soltárselas cuando recobrase el conocimiento, no me habría molestado en atárselas mientras dormía, ¿no le parece?

—Muy lógico. ¿Cuál es el asunto?

—¿El que nos tiene movilizados a usted y a mí? Pues es el asunto de esos documentos que la Casa Blanca firmó comprometiéndose a determinadas cosas con ciertos países sudamericanos, naturalmente.

—Sí, naturalmente. ¿Y Aldo Hammer?

—Lo hemos tirado al mar.

Lili Connors palideció intensamente.

—No lo creo…

—Le aseguro qué sí —seguía sonriendo Okavief—. Ya no nos servía de nada, y además, estaba muy mal: seguramente, no habría sobrevivido a mis dos balazos, de todos modos. ¿Para qué molestarse por él? Así que lo hemos tirado al mar. Usted ya le había llamado Simón, ya tenía yo la seguridad de que tenía ante mí a Baby… Asunto terminado. Pero empieza el de los documentos, que es más interesante…

—No le diré nada.

El ruso alzó las cejas, en gesto de gran sorpresa.

—Pero si no necesito que me diga nada… De veras. Sé tanto como pueda saber usted sobre este asunto.

—Entonces, ¿para qué me ha tendido esta trampa?

—Porque necesitaba a Baby.

—Ya le he dicho que no conseguirá nada de mí.

—¡Oh!; yo tengo la seguridad de que sí, señorita Connors.

—No. Y menos, después de haber matado a Simón. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué necesidad había de ello?

—Deje de lamentar esa muerte. Su amigo Simón no era ni siquiera medianamente listo. Hacía días que le estaba vigilando, A él y a otros agentes de la CIA, claro está. Y de pronto, me doy cuenta de que están evacuando el lugar, se están marchando… Se

marchan tan precipitadamente que ni siquiera se dan cuenta de que uno de ellos, Aldo Hammer, se queda… en mi poder. Lo he mantenido con vida algunos días, esperando el momento en que debía ser sacrificado. Y ese momento es precisamente cuando Baby llega a Acapulco, con el fin de tenderle la trampa que tan bien ha funcionado.

—¿Usted sabía que yo iba a llegar a Acapulco, y que llegaría precisamente hoy?

—Evidentemente.

—¿De dónde obtuvo esa información?

—Pues de… —Okavief se echó a reír—. ¡Es usted astutísima! Pero yo tampoco soy tonto. Y de todos modos, ¿de qué iba a servirle saber quién me ha informado?

—¿Eso significa que piensa matarme?

—Por supuesto.

—¿Y qué está esperando? ¿Que yo le diga algo que usted quiere saber?

—No, no… Usted no entiende, Baby: yo lo sé ya todo. Incluso, que está en el hotel Acapulco Marriot…

—Entonces, ¿por qué lo ha preguntado antes?

—Para divertirme. De algo hay que hablar, mientras espero instrucciones… finales.

—¿Finales? Yo creo que el asunto apenas ha comenzado.

—Para nosotros, sí. Para usted, está terminado. Dentro de muy poco, supongo que alguien vendrá a recogerla, para llevársela a Moscú.

—Eso ya lo han intentado antes compañeros de usted…, que no debían ser menos listos, Casimir. Y todavía nadie ha conseguido llevarme a Moscú.

—Si por mí fuese, desde luego no iría usted a Moscú, se lo aseguro. La diferencia entre mis compañeros que usted ha mencionado antes, y yo, es que eso es lo que pretendían ellos, lo cual era complicarse la vida. Por mi parte, nada me complacería tanto como recibir la orden de matarla inmediatamente. Me complacería tanto que, en realidad, tengo ya preparada su tumba. Como ve, soy mucho más sobrio que mis camaradas rusos —sonrió irónicamente—. ¿Por qué complicarme la vida, sólo por el gusto de ponerla viva en manos de mis superiores? Eso quizá les guste a

ellos, pero yo prefiero quitarla de en medio cuanto antes, y dedicarme tranquilamente a mi trabajo. ¿Qué opina de esto?

—Muy sensato. ¿Qué clase de tumba me tiene preparada?

—¿Le gusta el mar?

—Me encanta el mar. Adoro el mar.

—Vaya… He aquí una persona con suerte: gustándole el mar, va a tener la última satisfacción de…

Tut. Tut. Tut. Tut…

Casimir sonrió una vez más, se puso en pie, y fue hacia el mueble que servía de soporte a la cocina, y dentro del cual, lógicamente, debía estar el recipiente con el gas. Pues no. Cuando abrió las dos puertecillas del mueble, quedó visible la emisora allí instalada, y que seguía emitiendo su «tut» de llamada.

—Esperó que las noticias sean buenas para mí —dijo Baby.

—Yo espero todo lo contrario. Naturalmente, usted habla ruso.

—Naturalmente.

—Bueno —Okavief encogió los hombros—, ¿qué importa? Hablaré en ruso, de todos modos. Aunque usted me oiga, no le servirá de nada, y en cambió, sería muy molesto que alguna lancha patrullera mexicana, o cualquier otra persona, captase mi conversación en español.

—Me parece muy acertado.

Okavief se sentó en el suelo, delante de la emisora. Se colocó los auriculares, y tomó el micrófono.

—Acapulco-Mil a la escucha. Cambio.

—¡Sí, adelante! Estaba esperando esa llamada. Tengo a Baby. ¿La mato ya, o vendréis a llevárosla? Cambio.

—Sería mejor matarla… Ya lo tengo todo preparado para eso. Cambio.

—Está bien. La llevaré al *bungalow*, y allá estará hasta que vengáis a por ella. ¿Está preparada Nadya? Cambio.

—Perfecto, La estaré esperando en el aeropuerto. Llegaré allá con tiempo de ver llegar el vuelo 114, desde luego. Pero si por cualquier circunstancia no pudiese ir a esperarla, que ella se dirija a mi apartamento. Cambio.

—No, no. Al *bungalow,* no. A mi apartamento, en el 280 de Costera Miguel Alemán. No quiero volver por el *bungalow* después de dejar a Baby allí. Ni quiero que Nadya vaya allá. Cambio.

—¿Baby? —Okavief dirigió una sonriente mirada de reojo a la divina espía—. Pues es rubia pero me parece que se ha teñido. Por otra parte, ya sabemos que ella puede adoptar cualquier aspecto, así que es indiferente el que tenga Nadya, siempre y cuando sea lo bastante hermosa para que los de la CIA la acepten sin vacilar. Mi consejo es que Nadya se presente sin artificios: si es bonita, los… Simones aceptarán inmediatamente lo que sea. ¿Cómo es Nadya? Cambio.

—Claro que no la conozco. Decidme ahora cómo es, para identificarla cuando llegue mañana. Cambio.

—Sí, bien. Bueno, los detalles son interesantes, pero ya veremos el conjunto. Os advierto que Baby es una fuera de serie, por completo. Ya veremos qué conjunto ofrece nuestra pelirroja Nadya. Quiero saber si hay algún cambio en los planes. Cambio.

—Pues por mi parte, también eso es todo. Cambio y fuera.

Cortó la comunicación, cerró las pequeñas puertas del mueble y, sin incorporarse, se volvió hacia Baby sonriente…, pero con el ceño fruncido.

—Usted tiene suerte… De verás. En lo que a mí concierne, ya estaría muerta, pero… parece que mis camaradas quieren correr el riesgo de manejarla con vida. Es una temeridad, ¿no cree?

—Sí.

—Lástima… ¡Tan bien preparada que tenía su muerte y su tumba! Y además, me desprendería de todo este material, que ya no necesitamos… Bien, las órdenes son las órdenes. Le aconsejo que no intente ninguna tontería, so pena de que yo me salga con la mía de que no llegue usted con vida a Moscú. ¿Comprende?

—Sí. Lo que no comprendo es por qué tiene usted tantas ganas de matarme, Casimir.

—Bien… Soy muy consecuente, señorita Connors. Procuro vivir siempre de acuerdo a la más estricta lógica. Y quizá usted conozca un refrán ruso, bastante popular: «Tu amigo te hará un castillo, y tu enemigo una tumba…». ¿Lo conocía?

—No… Pero siempre he admirado el gran sentido del pueblo ruso. Es un refrán muy expresivo.

—Y en nuestro caso, muy adecuado. De modo que tenga mucho cuidado conmigo.

Casimir Okavief subió a cubierta, dejando sola a Baby, que miró

vivamente a todos lados, buscando algún recurso que la ayudase a soltar sus manos, atadas a la espalda… Pero ni siquiera tuvo tiempo de tomar una decisión, pues Okavief regresó. La miró irónicamente, volvió a sentarse en el borde de la litera, y encendió un cigarrillo.

—¿Qué otros idiomas habla usted?

—Varios.

—¿No quiere decirlo? ¿Por qué? Ya no importa, de veras… En Moscú lo averiguarán todo de usted, además. De momento, sabemos que habla estupendamente el español… ¿Cuáles más?

—El inglés.

Casimir Okavief se quedó un instante estupefacto. Pero, de pronto, se echo a reír.

—¡Buena respuesta! Es usted… divertida. Pero me parece que no tiene muchas ganas de hablar, ¿verdad?

—El pensamiento de mi compañero asesinado y tirado al mar no despierta precisamente mi locuacidad.

—Vamos, vamos… Son gajes del oficio, señorita Connors… Además, la he engañado. ¿Y sabe por qué? Porque quería fastidiarla. Pero ahora, sabiendo que a usted le encanta el mar, resulta que quizá se sienta un tanto reconfortada por el hecho de que Simón esté en el fondo, así qué la desengañaré. La, verdad es que su compañero de la CIA no está en el fondo del mar, sino en Acapulco, en un lugar donde quizá hayan descubierto ya su cadáver, cosa muy conveniente.

—¿Conveniente? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Parece que vuelve a tener ganas de conversar.

Baby se quedó mirando fijamente a Okavief. Apretó los labios, bajó la mirada y quedó sumida en sombrío silencio.

Muy poco después, dejó de oírse el motor de la lancha, y ésta dejó de vibrar. Okavief miró hacia la cubierta. Luego, miró a Baby.

—Vamos a desembarcar —dijo—. ¿Prefiere mojarse de cintura para abajo o que la lleve en brazos hacia la playa?

—Me sentiría mejor si no me tocase.

—Le gustaría matarme, ¿verdad? —rió Casimir.

—Lo haré.

Okavief parpadeó. Luego, volvió a sonreír. Señaló hacia la cubierta y los dos fueron en dirección a la escalerilla. Aparecieron en el exterior cuando la lancha estaba ya casi detenida,

deslizándose en silencio por las negras aguas, hacia la playa. A la derecha, Baby vio las luces de Acapulco. Delante, una playa que relucía casi blanca en la oscuridad, y más allá, la densa vegetación de palmeras, por entre las cuales, muy diseminadas, se veían luces. Evidentemente, estaba en una zona destinada a la construcción de *bungalows* y nada más, pues no se veían luces altas, que pudieran corresponder, a edificios de varios pisos…

Un hombre apareció ante ellos.

—¿Regresarás en seguida a Acapulco? —preguntó, en español.

—Sí —contestó Casimir—. Te ayudaré a dejarla bien atada y controlada, con gran cuidado, y me iré. Tengo que hundir la lancha con la emisora.

—Es una tontería.

—Quizá. Pero realmente, pienso que nunca se sabe lo que puede haber tramado Baby antes de hacer su aparición en cualquier parte del mundo. Cabe la posibilidad de que nosotros creamos que todos los de la CIA se han marchado, pero que haya alguno que en estos momentos sepa que tiene que buscar una lancha que lleva por nombre Rosalía.

—Es posible —el otro no parecía muy convencido, sin embargo —. Bueno, te dejo las llaves en el contacto. Vamos a la cabaña. ¿Qué hacemos con ella? ¿La ayudamos a…?

—Dice que prefiere mojarse.

El otro se encogió de hombros. Saltaron al agua él y Baby observados desde la borda por Okavief, que sólo saltó cuando ambos estuvieron ya en la playa, después de lanzar al agua el anclote, que impediría que la lancha se alejase.

Se reunió con los dos, refunfuñando.

—¿Qué te pasa? —preguntó el otro.

—Esto es una prueba de que siempre podemos cometer un error, por pequeño que sea: no tengo más pantalones en la lancha. De modo que tendré que ir por ahí con los pantalones mojados…

—Te daré uno de los míos. Vamos.

Comenzaron a caminar tierra adentro. Sólo se oía el rumor del mar, suave, apacible… Llegaron a la hilera de palmeras. Okavief caminaba detrás de Baby, y el otro ruso encabezaba la marcha… Volvía al oír el ruido tras él y vio a la espía arrodillada en el suelo.

—¿Qué pasa? —Gruñó.

—Se ha caído —rió Okavief—. Parece que no está muy acostumbrada a terrenos como éste. En cambio, camina con mucha gracia sobre terreno embaldosado.

—Venga, usted —el otro se inclinó, asió a Baby por un brazo y la ayudó a ponerse en pie—, siga caminando. No podemos… ¡UGF!

Fue una especie de berrido brevísimo, que brotó incontenible del cuerpo del ruso al recibir con espantosa precisión el rodillazo entre las ingles. Por supuesto que soltó a la señorita Connors, y, con las manos en el lugar golpeado, cayó de bruces, encogido.

Mientras tanto, Okavief había lanzado una exclamación y se apresuró a apartarse de Baby, al tiempo que metía la mano bajo su sobaco izquierdo… Aún tenía la mano allí cuando Baby pareció volar a su encuentro. Fue un auténtico vuelo, que la colocó en el aire, delante del ruso. Su pierna derecha, que se había flexionado, se extendió, y el pie golpeó a Casimir Okavief en el centro del pecho.

Fue como si recibiese un cañonazo. Lanzó un bramido y saltó hacia atrás, alzando los brazos, sin haber tenido, tiempo de sacar la pistola. Cayó de espaldas y, todavía con la sensación de que tenía una bala de cañón clavada en el pecho, se puso de rodillas.

Esta vez, fue un punterazo que le alcanzó de lleno en el estómago. La oscuridad de la noche pareció espesarse en los ojos del ruso, que se desorbitaron, su boca se abrió, crispada, torcida, y de su garganta brotó algo parecido a un ronquido, mientras caía hacia delante, como muerto.

Baby volvió su desorbitada mirada hacia el otro ruso, que comenzaba a incorporarse, aunque todavía no parecía saber siquiera dónde se hallaba. Tras brevísima vacilación, la espía echó a correr hacia la playa, y, apenas llegar allí, se dejó caer al suelo, de lado; pasó sus manos atadas por debajo de las nalgas, con una flexibilidad increíble, de modo que ahora quedaron ante ella. Atadas, pero al menos podía utilizarlas juntas para ayudarse… Se puso en pie, y siguió corriendo; acercándose a la orilla, directa hacia la lancha.

De pie ya, con las piernas grotescamente torcidas, el ruso compañero de Okavief sacudió la cabeza, con un gesto enérgico, y se acercó, a trompicones, adonde aquél estaba intentando ponerse en pie. En la oscuridad destacaba su rostro, blanco como la leche.

—¡Hay… que alcanzarla…! ¡Va hacia la lancha! ¡Yo me encargo de…!

—¡No…! —jadeó Okavief—. Espera… Déjala que suba a la lancha… Ayúdame… Ayúdame, Revaz…

El otro lo puso en pie de un tirón.

—Tenemos que alcanzarla —insistió—. La quieren viva… Si se nos escapa…

¡Bruuuuummmmm!, oyeron el motor de la lancha, al ser puesto en marcha. Revaz lanzó una maldición, desde luego en ruso, ahora, y soltando a su compañero echó a correr, torpemente, hacia la playa… Casimir salió tras él, aún más torpemente. Era como si todos los músculos de su cuerpo se hubiesen aflojado, como si fuesen de goma a punto de romperse. Y todo, debido al terrible punterazo, que incluso, en aquel momento, comenzaba a producirle angustia y náuseas…

Vio a Revaz caer de rodillas en la arena, y más allá, lanzada a toda la velocidad, posible de salida, la lancha, dejando una ancha franja de espuma. El motor rugía, con tal fuerza, que ahogaba el rumor del mar; Revaz estaba disparando contra la lancha, pero tampoco se oían los chasquidos de sus disparos efectuados con silenciador. Simplemente, parecía que de su mano brotasen pinceladas de fuego…, mientras la lancha se iba alejando.

Revaz se volvió y corrió hacia Casimir, que estaba metiendo la mano izquierda en el bolsillo de aquel lado del pantalón.

—¡Esa maldita Baby…!

—No irá muy lejos —intentó reír Casimir, y lanzando un alarido, cuando, al tensarse los músculos del estómago, le pareció que se los estaban machacando—. ¡No irá muy lejos esa puerca! ¡Y además, me voy a dar el gusto de matarla tal como tenía planeado!

Sacó, por fin, el pequeño aparato, y Revaz comprendió inmediatamente.

—¡Dispara ya! —gritó.

—Espera… Es mejor que esperemos todavía un poco para que la lancha esté más mar adentro… Lo tenía todo preparado y va a ser como yo quería. Y como de todos modos, tenía que hundir la lancha…

—¡Vamos, hazlo ya! ¡No esperes más!

Casimir Okavief apretó el botón del mando a distancia… y en el

acto, la lancha que se estaba alejando de ellos se convirtió en una bola de fuego rodeada de chispas. Apareció la densa humareda, se alzó un refulgente surtidor de agua… Y segundos más tarde, sobre el mar solamente quedaban unos cuantos restos humeantes o ardientes, que muy pronto se irían al fondo del mar.

—Ya está —rió Casimir.

Revaz se quedó mirándolo fijamente.

—Lo tenías planeado así —comprendió—. Querías matarla tú, has permitido que me atacase a mí, y a ti… ¡Has permitido que ella, hiciese todo eso, porque querías matarla personalmente!

—¿Y qué hay de malo en ello? Además, eso lo dices tú, Revaz. ¿Por qué tendrían que creerte nuestros jefes? Simplemente, ella iba a escapar… y yo lo he impedido. Esa es la versión. ¿De acuerdo?

—Está bien —masculló Revaz—. Lo indudable es que Baby tenía que morir, un día u otro.

—En efecto… Pero tendremos que esperar un tiempo conveniente para darnos la satisfacción de comunicárselo a los americanos… Bueno, vamos a buscar esos pantalones que tienes para mí, y me iré a Acapulco, a descansar hasta el momento de ir a recoger a Nadya al aeropuerto.

Capítulo IV

Casimir Okavief llegó al aeropuerto con más de media hora de antelación a la llegada del vuelo 114, procedente de Ciudad México. Lo primero que hizo fue dar una vuelta por el vestíbulo para asegurarse de que todo estaba en orden. Más que nada, fue una simple actitud rutinaria del auténtico espía profesional, porque tenía la seguridad de que nada podía ocurrir.

En cambio, en Acapulco sí habían ocurrido cosas. Conforme a lo previsto, el cadáver de Aldo Hammer había sido encontrado la noche anterior, y los diarios de la mañana habían informado de ello. Por lo tanto, la noticia sería conocida muy pronto en Ciudad México y no cabía la menor duda de que, pocas horas más tarde, Acapulco estaría llena de agentes de la CIA. Los mismos que la habían evacuado días antes, volverían, como locos furiosos, en busca de alguna pista que pudiera conducirles al asesino de Aldo Hammer…

Conteniendo una seca sonrisita, Casimir fue al bar, y pidió un café. Cuando se lo sirvieron, faltaban quince minutos para la llegada del vuelo 114, que seguramente sería anunciado muy pronto. Oyó el anuncio de la salida del vuelo 87, con destino a Los Angeles, USA.

Casimir Okavief era, en aquellos momentos, el hombre más feliz del mundo. O, mejor dicho, el espía más feliz del mundo: era, a fin de cuentas, el hombre que había conseguido vencer a Baby, el que la había matado…, ¡por fin!

Volvió a mirar su reloj simplemente porque no sabía qué otra cosa hacer. Luego, miró distraídamente a su alrededor… y su ceño se frunció. En el acto, en su lúcida y fría mente de espía vibró la alarma: algo estaba sucediendo allí.

Habían aparecido policías por todas partes… Sí, había muchos más de los habituales. Se movían con tranquilidad, como quien

quiere pasar desapercibido, pero lo cierto era que estaban allí, y que se miraban unos a otros, con gesto interrogante. En las puertas de salida también había policías. Y había hombres de paisano, de aspecto vulgar, corriente, pero que el fino instinto del espía clasificó también como policías.

Un alfilerazo de frío recorrió la espalda de Casimir. ¿Había fallado algo? ¿Le estaban buscando a él? Volvió a mirar su reloj. Le hizo una seña al camarero y dejó una moneda sobre el mostrador. Saltó del taburete, y se dirigió con paso tranquilísimo, hacia una de las puertas de salida. Hacía calor, pero el agente secreto ruso sentía, cada vez más profundo en su espalda, aquel pinchazo de frío que la recorría arriba y abajo, arriba y abajo…

Estaba a punto de salir del vestíbulo, cuando uno de los policías uniformados se colocó ante él, mirándolo amablemente, pero con cierta expectación.

—Perdone, señor… ¿Será tan amable de volver adentro?

Casimir fingió perfectamente su asombro.

—¿Volver adentró? ¿Por qué? Tengo que…

—Le ruego que obedezca, señor; nadie puede salir en estos momentos, del edificio.

—¿Por qué?

Uno de los hombres de paisano que Casimir había clasificado como policías, se había acercado, y se detuvo ante él, mirándolo fijamente.

—¿Me permite su documentación, señor?

—¿Mi documentación? ¡Escuche, yo tengo que ir ahora a…!

—Le ruego que me permita ver su documentación —cortó, un tanto secamente, el hombre de paisano.

Okavief frunció el ceño, pero sacó su documentación. Por aquel lado no tenía nada que temer. Nada en absoluto… El policía de paisano la examinó y asintió con la cabeza, devolviéndosela.

—Le ruego que sea comprensivo, señor Rosales. Esperemos que muy pronto podrá usted abandonar el aeropuerto. Por favor, vuelva adentro.

—Pero ¿qué ocurre?

—Nada importante. Gracias por su comprensión. Esperamos que las molestias sean mínimas. Cuestión de unos minutos, nada más.

Casimiro Rosales asintió con la cabeza, y regresó hacia el centro

del vestíbulo, guardándose la billetera. En su frente comenzaron a aparecer unas gotitas de sudor, al pensar en lo diferente que habría sido la actitud de los policías si le hubiesen registrado, encontrándole la pistola con silenciador. Una pistola con la que, ciertamente, podía abrirse camino, pero ni mucho menos le convenía aquella solución, en tales momentos.

Volvió la cabeza y vio a otro policía de paisano llegando precipitadamente del exterior, y hablando con el que le había pedido la documentación; Este pareció sobresaltarse, y miró a todos lados vivamente… En aquel instante, por los altavoces se hizo el primer anuncio de la llegada del vuelo 114 procedente de Ciudad México. El policía de uniforme casi corría hacia una pareja de compañeros suyos. Habló con ellos rápidamente, y corrió hacia otros dos…

«No sé lo que es, pero algo pasa —se dijo Okavief—. Y sea lo que sea, me va a pillar en medio si no encuentro pronto una solución».

Estaba notando perfectamente la animación entre los policías… Como si hasta entonces se lo hubiesen estado tomando medio a broma, o hubieran estado un poco dormidos, a pesar de ser casi las once de la mañana, y de pronto se dispusieran a todo, a actuar.

Procurando mantener en todo momento su lento ritmo de movimientos, Okavief fue a sentarse en uno de los sillones, el más apartado. Se colocó de costado, sacó la pistola, y la dejó caer por entre la camisa y la chaqueta, hasta el sillón. Se sentó entonces mejor, y con la mano izquierda fue empujando la pistola hacia atrás, hasta encajarla entre el asiento y el respaldo. Apretó con fuerza, hundiéndola allí cuanto pudo. Después, como quien de pronto recuerda algo, se puso en pie y fue hacia los teléfonos, tras un disimulado vistazo al sillón, para asegurarse de que la pistola no se veía. No se veía.

Tranquilizado ya, al menos en cuanto a la posesión de una pistola con silenciador, siguió alejándose de aquel sillón. Una pistola, ciertamente, puede llevarla cualquiera, y aunque su posesión sea más o menos legal o discutible, siempre se pueden encontrar explicaciones. Pero una pistola con silenciador habría llamado mucho la atención de la policía mexicana… Demasiado. Perdía una pistola, pero…

De pronto, un hombre echó a correr.

Su acción destacó mucho, precisamente por el gran cuidado con que todas las personas que había en el vestíbulo se movían en aquellos momentos. Los policías, expectantes; los paisanos que esperaban la llegada de alguien o la partida de su avión, un tanto tensos, pues al fin habían comprendido que algo estaba sucediendo.

Y en medio de esta tensión general, el acto de aquel hombre al echar a correr fue aparatoso, visible por todos. Uno de los policías gritó, y echó a correr tras él, señalándolo. El hombre volvió, la cabeza, soltó la maleta que llevaba en la mano derecha, y siguió corriendo como un loco hacia una de las puertas. Dos policías de uniforme estaban allí, mirando al hombre con los ojos muy abiertos. Uno de ellos movió la mano hacia su enfundado revólver…

—¡No! —gritó uno de los hombres de paisano—. ¡Hay que atraparlo vivo, para que nos diga quién es el otro!

La gente comenzó a gritar, a moverse nerviosamente, buscando refugio, por lo que pudiera pasar… Casimir Okavief, como clavado al suelo, miraba al hombre que había desviado su marcha, y corría ahora hacia una de las puertas de salida para embarque… Tres policías de uniforme y dos de paisano aparecieron ante él, pero no parecía tener la menor intención de detenerse. Cargó con un hombro, derribando a uno de los policías, pero los otros cuatro cayeron sobre él…

* * *

A las cinco y media de la tarde, Casimir Okavief introdujo el llavín en la cerradura de la puerta de su apartamento, en el 280 de Costera Miguel, Alemán. Un sitio elegante, sin duda alguna. Elegante, confortable, casi lujoso… Pero el gesto de Casimir no podía ser más sombrío.

Entró, cerró la puerta, y fue, con paso rápido, al salón. Al entrar allí, mirando a todos lados, su ceño se frunció aún más. Y sus labios se apretaron con fuerza, cuando, de pronto, las cortinas de la terraza se movieron, y apareció la pelirroja, pistola en mano, apuntándole, fría la mirada de sus grandes ojos verdes.

—¿Okavief? —musitó ella.

El ruso soltó una horrenda maldición, fue al mueble-bar, y se

sirvió un trago de tequila, que ingirió de una sola vez, con gesto rabioso. Se volvió hacia la pelirroja, que le miraba siempre fijamente, siempre con la pistola en la mano.

—¿Cuándo has llegado? —Gruñó, en ruso.

La pistola se adelantó hacia Okavief.

—¿Tú no lo sabes? —preguntó la pelirroja, suavemente, también en ruso.

—¡Claro que lo sé, maldita sea mi estampa! ¡Estaba allí, esperando tu vuelo, pero entonces ocurrió todo ese maldito asunto de las drogas…! ¡Maldito sea el mundo, maldito sea el…!

—Cálmate. ¿De qué estás hablando?

—¿Quieres beber algo?

—No. Quiero que me expliques lo que ha ocurrido, para que no me recogieses en el aeropuerto, tal como estaba convenido.

Casimir se sirvió otra dosis de tequila, y fue a sentarse en un sillón, señalando otro a la pelirroja, que no hizo el menor caso.

—Llegué media hora antes que el vuelo 114 —masculló Casimir Okavief—. Y a los pocos minutos, algo comenzó a ocurrir: todo se llenó de policías. ¿Y sabes para qué?

—Estoy esperando tu explicación, camarada.

—¡Maldita sea mi suerte…! ¡Estaban allí porque les habían dado un chivatazo respecto a un tráfico de drogas que iban a salir del país pocos minutos más tarde, en un vuelo a Los Angeles! Y así era… Un tipo imbécil, que llevaba una maleta, echó a correr, soltando la maleta. Lo cazaron, desde luego. Y ahí habría terminado todo si no hubiese tenido allá un cómplice, al que la policía, naturalmente, también quería detener… Total, que como el tipo no quería decir nada sobre su amigo, la policía nos detuvo a todos los que estábamos allí esperando, y comenzaron a cachearnos, a registrar los equipajes de los que lo tenían, a hacernos preguntas… Hasta que, por fin, hace apenas una hora, ese cretino confesó quién era su amigo, lo detuvieron, y nos han dejado marchar a los demás… Con miles de excusas y explicaciones, claro: que perdonásemos, que comprendiésemos que cumplían con su deber… ¡Malditos sean todos!

—Es una explicación muy interesante. Pero… ¿y si tú no fueses Okavief?

Casimir se quedó mirando a la pelirroja con la boca abierta, con

un máximo gesto de estupefacción.

—Pero… ¿qué dices? —gritó—. ¡No seas imbécil!

—Yo no te conozco, Okavief. Y la CIA quizá ha realizado alguna jugada que…

—¡No digas tonterías! ¡Qué CIA ni qué mierdas…! ¡Ha sido todo por, esos idiotas de las drogas! Pero si no crees que yo sea Casimir Okavief, ahí tienes el teléfono —señaló—. Llama a Ciudad México, y pídeles mi descripción… Y yo aprovecharé para pedir la tuya.

—Me parece una idea excelente —dijo fríamente la pelirroja—. Llama tú. Diles que Nadya ha llegado, pregunta cómo soy yo… y yo estaré escuchando la conversación. ¿Te parece bien?

—Claro que sí. Aunque yo ya sé cómo eres tú. Anoche me lo dijeron. Tienes buen aspecto —sonrió, de pronto—. Creo que servirás, si realmente hablas el inglés como una norteamericana.

—Eso déjalo de mi cuenta. Llama. ¿O no conoces el número?

Casimir se puso en pie. Al parecer, había recobrado el buen humor, porque volvió a sonreír.

—Nos entenderemos bien tú y yo, Nadya —aseguró—. Pareces lo bastante inteligente y cautelosa. ¿Cómo has entrado en el apartamento?

—Utilizando una ganzúa de las que llevo en mi bolso —alzó las cejas ella—. ¿De qué otro modo?

Casimir asintió, descolgó el teléfono, y marcó el número de comunicación automática con Ciudad México. Nadya se acercó a él, le puso la punta de la pistola en los riñones, y acercó su cabeza al auricular. Casimir volvió a sonreír, simplemente…

—¿…?

—¡Hola, buenos días! Soy Casimiro Rosales… Les llamo para decirles que su mercancía ha llegado bien: ya la tengo a mi disposición.

—¿…?

—Un contratiempo sin importancia. ¡Oh, un momento…! Supongo que ustedes me recuerdan bien… Lo digo para que no me confundan con otro…

—…

—Sí, sí, Casimiro Rosales… Eso es: alto, fuerte… ¿Recuerdan el color de mis ojos?

—…

—Eso es… Sí, sí, sí… Así soy yo, exacto. Tienen ustedes muy buena memoria —miró sonriente a Nadya, que se alejaba de él, ya sin apuntarle—. Bien, como les digo, la mercancía ha llegado, y vamos a proceder inmediatamente a su reventa. ¿Qué se sabe de nuestros competidores? ¿Se han enterado ya de que parte de su mercancía apareció estropeada en Acapulco?

—…

—¡Ah…! ¡Magnífico! Nada más… ¿Qué?

—…

—¡Oh, bien…! Supongo que nuestro socio del *bungalow* ya les ha explicado lo que sucedió anoche con la mercancía que pensábamos enviarles por helicóptero… No hubo más remedio, ¿comprenden?

—…

—Pues anoche no llame para avisar eso, porque supuse que el helicóptero ya estaba en camino, y de todos modos tenían que recoger a nuestro socio del *bungalow* para llevarlo a Ciudad México… ¿No fue así?

—…

—Bien… Entonces, todo perfecto. ¿Algo más?

—…

—De acuerdo. ¡Adiós!

Colgó, y sonrió a Nadya, que había recogido un bolso de detrás de las cortinas, en el cual había guardado la pistola. Ella estaba encendiendo un cigarrillo, ya sentada en un sillón. Casimir se sentó en otro, frente a ella, y se quedó mirándola fijamente.

Sí… Nadya Chuvenko era muy hermosa. No tanto como Lili Connors, desde luego, ni tenía la misma clase, aquel porte elegante, distinguido, tan señorial… Además, era de facciones más redondas, un tanto mofletuda, quizá. Pero muy hermosa. Sabía maquillarse y vestir. Su roja boca era sugestiva en verdad, y sus grandes ojos verdes relucían con energía e inteligencia. Parte de sus largos cabellos rojizos caían, brillantes, sobre su seno derecho…

—Tenemos que poner inmediatamente en marcha la parte del hotel —musitó Casimir.

—Eso, suponiendo que lleguemos a tiempo… ¿Qué pasará si ya han enviado a alguien a buscar a la otra al hotel?

—Siempre se pueden inventar mil explicaciones. Y entonces, lo único que tendrías que hacer es teñirte de rubia. Los ojos están

bien: ella los tenía verdes.

—Puedo teñirme de rubia en diez minutos. He venido preparada para todo.

—De acuerdo. Ve al cuarto de baño. Mientras tanto voy a ver cómo está el asunto del hotel de Baby. Es de suponer que los americanos saben que ella estaba… está allí, y puesto que no contesta a sus llamadas por radio, seguramente estarán rondando el hotel, o habrán ido a preguntar por ella, incluso… Por la señorita Lili Connors —el ruso sonrió ampliamente, con cierta ferocidad—. Supongo que lo has pensado bien: si no eres capaz de engañar a los americanos, tu suerte está echada, Nadya.

—Los engañaré. Ve a darte esa vuelta por el hotel, mientras yo me tiño de rubia.

—Hasta luego. Ve repasando la explicación que tendrás que dar a la CIA sobre todo lo sucedido. De este modo, si tienes alguna duda, te la aclararé cuando vuelva.

Casimir Okavief regresó casi una hora más tarde. La pelirroja ya era rubia, pero el ruso hizo un gesto de desagrado. Ocupó un sillón frente a ella, y dijo:

—Demasiado llamativos tus cabellos, Nadya.

—Lo siento, Es el tinte que me proporcionaron.

—De todos modos, tu aspecto no está mal. Servirá para una descripción, general de identificación, pues te pareces bastante a Baby, en líneas generales… Ella era un poco más alta, quizá. Tenía los ojos más grandes, las mejillas más finas, la nariz más recta… Y la frente un poco más despejada. No podrías engañar a quien la hubiese visto anteriormente, pero sí a quienes sólo tengan una descripción verbal…

—Se supone que deberías alentarme, no deprimirme, Casimir.

—Tienes razón —Okavief encendió también un cigarrillo, sonriendo—. Y yo tenía también razón en lo de los americanos. Están rondando el hotel de ella. ¿Recuerdas bien todo lo que tienes que decir y todo lo que tienes que hacer?

—Sí.

—Podemos dedicar quince minutos a asegurarnos de ello. Te diré cómo son dos de los americanos que hay rondando el hotel Acapulco Marriot, y cuando termines de puntualizar los detalles, irás allá, te acercarás a uno de ellos…

Capítulo V

El agente de la CIA Jerry Bowman estaba encendiendo un cigarrillo, dentro del coche, cuando vio aparecer a la bella muchacha rubia caminando por la acera junto a la cual estaba estacionado… Se quedó mirándola unos segundos, antes de decir:

—¡Eh, Jack!

El otro, que estaba mirando hacia el hotel, lo miró. Miró luego hacia donde miraba su compañero, y también vio a la rubia, que parecía un tanto indecisa, mirando también hacia el hotel.

—Hermosa muchacha —susurró Jack.

Se miraron. Luego volvieron a mirar a la rubia, que caminaba como si no supiese qué hacer exactamente, mirando a todos lados. Los dos espías volvieron a mirarse. Luego, Jerry Bowman salió del coche y se colocó en la acera, apoyado en el vehículo, mirando a la rubia, con el cigarrillo colgando de los labios…, La rubia lo había visto salir del coche, y lo miró. Una mirada directa, fija, inquisitiva. Y larga. Muy serios los dos. Luego, la mirada de la rubia fue hacia el coche, y vio al otro hombre de la CIA sentado en el asiento delantero, también mirándola fijamente. Volvió a mirar a Bowman, que seguía observándola atentamente.

La muchacha rubia se decidió, de pronto. Se acercó a Jerry Bowman, y sonrió amablemente.

—Perdone, señor… ¿Podría decirme qué hora es?

—¿Hora local? —sonrió, también, Bowman.

—Pues sí… ¿Qué otra hora si no?

—Hay muchos horarios en el mundo… A lo mejor, a usted podría interesarle otro horario… El de Washington, por ejemplo.

—¿Por qué podría interesarme a mí la hora de Washington?

—¡Claro! —musitó Bowman—. Bien, en México son las… siete y diez minutos de la tarde.

—Me lo temía… He llegado un poco tarde a la cita. Y mi novio

es tan quisquilloso que ya se ha marchado. ¿Hace mucho que está usted por aquí?

—Bastante.

—¿También espera a alguien?

—Sí. A una chica preciosa. Vamos, no es que hayamos quedado citados, ¿entiende? Pero tengo la esperanza de que ella venga más pronto o más tarde por aquí, ya qué está alojada en el Acapulco Marriot.

—¡Ah! —Parpadeó la rubia—. Es un bonito hotel. Quizá usted haya visto por aquí a mi novio, señor… señor…

—Simón —murmuró Jerry Bowman—. Me llamo Simón. Solamente Simón.

La rubia suspiró profundamente y sus hombros se abatieron, en un cansado gesto de alivio.

—Gracias a Dios —susurró—. Y diga, señor Simón: ¿cuál es el nombre de la chica que usted está esperando?

—En realidad, no es un nombre… La llamamos cariñosamente con un sobrenombre. Me parece que usted jamás adivinarla qué sobrenombre tiene mi amiga.

—¿Baby, quizá?

—Vamos al coche —exclamó Jerry Bowman, brillantes los ojos de alegría—. ¡Ha ocurrido…!

—Ya sé lo que ha ocurrido, Simón. Pero, en efecto, será mejor que hablemos en el coche.

Fueron hacia allá y se sentaron, en el asiento de atrás. El otro agente de la CIA volvió la cabeza, mirando esperanzadamente a su compañero.

—¿Es ella? —preguntó, tenso.

—¡Hola, Simón! —sonrió la rubia.

—Bendito sea el cielo… ¡Baby, han matado a uno de los nuestros…!

* * *

A poca distancia de allí, dentro de su coche, Casimir Okavief retiró de delante de sus ojos los prismáticos que discretamente había estado utilizando para mirar hacia la rubia y el coche de los agentes de la CIA. Los guardó en la guantera, y puso el coche en marcha,

sonriendo.

«Perfecto —se dijo—. Perfecto».

Condujo, cuidadosamente, alejándose de allí, mientras pensaba en la explicación que Nadya Chuvenko debía estar dando a los agentes de la CIA.

Esta era la explicación: ella había llegado a Acapulco, se había instalado en el hotel Acapulco Marriot, y, puesto que tenía sus propios planes respecto al asunto de los documentos, había utilizado la radio para llamar a sus compañeros. Éstos, ciertamente, no debían estar allí, pero, precisamente, Aldo Hammer había decidido quedarse, por si Baby necesitaba alguna clase de ayuda cuando llegase. Decisión personal de Hammer, que podía ser luego censurada por sus jefes, pero, así habían sucedido las cosas…

«Y no será Hammer quien diga otra cosa», se dijo Casimir, sonriente.

Bien. Cuando Baby y Hammer se encontraron, pues ella quería pedirle ayuda para echar un vistazo a la villa donde estaban los sudamericanos con los documentos, ambos habían sido atacados. A Hammer le habían acertado en seguida, con dos balazos, y ella había intentado huir… Lo había conseguido, pero perdiendo el maletín donde llevaba la radio. Y, naturalmente, no había cometido el error de regresar al hotel, pues quizá la estuvieran esperando, por allí, los desconocidos enemigos. Así pues, había pasado la noche en otro lugar, escondida. Al día siguiente, había leído en los periódicos el hallazgo del cadáver de un hombre llamado Aldo Hammer, muerto de dos balazos. Y entonces, se había dedicado a esperar que pasaran unas horas, con la esperanza de que los demás agentes de la CIA, al enterarse de lo sucedido, regresarían a Acapulco… Y así había sido. Y como ella no tenía su radio para comunicarse con ellos, a la hora que le había parecido conveniente, había corrido el riesgo de pasar cerca del hotel, por si veía a algún hombre que le pareciese que podía ser agente de la CIA…

En cuanto a los sudamericanos, no se habían enterado de nada, ya que todavía no habían enviado a buscarla al hotel, de lo cual se había asegurado ella, llamando por teléfono al hotel y preguntando si alguien había estado allí, pidiendo verla.

«¿Y qué queda ahora? —siguió reflexionando Okavief—. Pues, sencillamente, entrar en contacto con los sudamericanos…».

Y precisamente aquí surgía el único problema peliagudo de la cuestión. Los sudamericanos iban a enviar a alguien a recoger a la señorita Lili Connors al hotel. Por lo tanto, la señorita Connors debía estar esperándolos en el hotel…

La solución sólo podía ser una: que Nadya Chuvenko se instalase en la *suite* de Lili Connors, la cual, ya lo sabían, era la 1406. Para conseguir esto, Nadya debía recoger la llave de Lili Connors, y subir a la *suite*, de donde ya no se movería, ni querría ver a nadie, ni permitiría que nadie entrase allí mientras ella esperaba. De este modo, evitaba el riesgo de que alguien se sorprendiese si veía a otra señorita Lili Connors que, si bien se parecía a la primera, no era ella.

Pero, para pedir la llave en la conserjería del hotel, había que hacerlo en el momento en que no estuviese el conserje que había atendido a la verdadera Lili Connors a su llegada el día anterior. En el hotel Acapulco Marriot había cuatro conserjes, que hacían turnos de seis horas. El cambio de turnos se hacía a las seis de la tarde, las doce de la noche, las seis de la mañana, y a mediodía. La señorita Connors había llegado a Acapulco el día anterior antes de las doce de la noche. Por lo tanto, si regresaba al hotel después de esta hora, el conserje que habría allí no sería el mismo que la había atendido el día anterior.

«No puede fallar —se convenció a sí mismo Casimir—. Ella estará con los de la CIA hasta esa hora, entreteniendo el momento de regresar al hotel, preparando la acción para atacar la villa. Volverá al hotel a las doce y pico, tomará la llave, se instalará en la habitación de Baby y esperará… Y si en este intervalo los sudamericanos aún no han ido a buscarla, todo irá bien. Para estar seguro de que todo va bien, sólo tengo que esperar en mi apartamento que ella me llame después de las doce de la noche… Si me llama, es que todo ha salido perfectamente».

Desde allí, Casimir Okavief se fue a dar un paseo en coche por la ciudad. Luego, cenó en un restaurante que ofrecía especialidades marineras. Hacia las diez y media, regresó a su apartamento.

A las doce y veinte sonó el teléfono.

—¿Sí? —Atendió inmediatamente la llamada.

—¿…?

—Sí… Soy Rosales. ¿Qué tal, señorita Connors?

—…

—Lo celebro. ¿Puedo servirla en algo?

—…

—¡Oh, bien…! Quería haberla llamado antes, pero como usted me dijo que unos amigos tenían que pasar a recogerla al hotel…

—…

—¿Nadie ha pasado a recogerla? Lo siento de veras. Es una gran descortesía. Quizá lo hagan mañana. Pero si no fuese así, ya sabe que yo estoy a su disposición.

—…

—No se merecen… Encantado, señorita Connors… Muy amable. ¡Adiós…! ¡Adiós!

Sonriendo, Casimir Okavief colgó el auricular.

* * *

La señorita Connors colgó el auricular, y fue al cuarto de baño. Allá se quedó mirándose en el espejo, muy atentamente. Por fin, movió la cabeza, como maravillada ante algo que no podía comprender…

¿Cómo era posible que resultase tan fácil engañar a los hombres? O a las mujeres… En definitiva, a sus enemigos. Había salido todo tan bien, que parecía imposible.

Pero, así es el espionaje: unos fracasan, para que otros triunfen plenamente.

Unos mueren, para que otros sigan viviendo su vida llena de peligros.

Unos pierden, otros ganan. Así es el espionaje.

Y el que no acepte todos los riesgos que lleva consigo el espionaje, pues, simplemente, que se dedique a otra cosa.

Lili Connors dejó de contemplarse al espejo, tomó una ducha fría, y tras secarse, fue a tenderse sobre la cama.

Tenía muchas cosas en que pensar.

Capítulo VI

Si alguna de las personas que conocían bien a la auténtica Lili Connors la hubiese visto a la mañana siguiente, desayunando en la cama, habría fruncido el ceño. Y acto seguido, quizá, le habría metido una bala en el hermoso pecho generosamente descubierto.

Pero nadie de la CIA estaba allí, así que la Lili Connors actual terminó apaciblemente su desayuno, durmió luego una hora más (lo cual habría horrorizado a las mencionadas personas que la conocían bien), y por fin, a eso de las diez y media, decidió levantarse.

Escogió ropa del armario, sonriendo, y se vistió. Todo lo que tenía que hacer después era esperar. Y esperando estaba, en la terraza, contemplando las azules aguas de la bahía, cuando sonó el teléfono de la *suite*.

Acudió rápidamente.

—Sí, dígame.

—Por favor, pida a esos caballeros que suban. Los estoy esperando… Gracias.

Cuando sonó la llamada a la puerta, Lili Connors estaba esperando allí. Abrió, y miró amablemente a los dos tipos de facciones herméticas y hostiles que la contemplaron fijamente. Altos, fuertes, de gesto adusto… Profesionales de la vida peligrosa.

—¿Señorita Connors? —preguntó uno de ellos.

—Sí…

—Me llamó Gálvez. Mi compañero Marquina. Hemos venido a buscarla…, si a usted le parece bien.

—Me parecería mejor que hubiesen venido ayer.

—Lo siento. Eso no era decisión nuestra. ¿Puede acompañarnos ahora?

—¿Han venido en coche?

—Sí, naturalmente.

—Saldré del hotel dentro de dos minutos.

—Muy bien.

Los dos hombres se alejaron por el pasillo; Ella cerró la puerta, y, simplemente, esperó que transcurrieran los dos minutos. Lo único que pretendía era que no viesen con ella a los dos hombres que habían preguntado por Lili Connors, pues alguien podía sorprenderse. Por lo tanto, era mejor que la esperasen en la calle. Allí, sólo tenía que entrar rápidamente en el coche, y asunto solucionado.

Así fue. Cuando salió del hotel, el coche la estaba esperando muy cerca, avenida abajo. Se sentó en el asiento de atrás, sola, pues los dos hombres iban delante. Nadie dijo nada. El coche partió, y la señorita Connors se dedicó a mirar apaciblemente por las ventanillas.

Tardaron unos quince minutos en llegar a la villa, que estaba tierra adentro, relativamente cerca de la autopista Ciudad México-Acapulco. Una villa grande, hermosa, con muchas palmeras y flores… Había pista de tenis y, por supuesto, piscina. La casa era blanca, de tejado rojo, grande, con un estilo colonial español un tanto sofisticado, pero resultaba muy bella y daba la impresión de amplitud y, frescor. Había grandes porches sostenidos por blancas columnas… A la izquierda, el garaje, que tenía todo el aspecto de unas cuadras de hacienda clásica mexicana…

A juicio de Lili Connors, la villa sólo tenía un defecto: que por estar cerca de la autopista, desde allí podía oírse el rumor incesante de los coches, que pasaban a toda velocidad en ambas direcciones.

—Hemos llegado —dijo Gálvez—. Se supone que no lleva usted armas, señorita Connors.

—No, no llevo.

Gálvez vaciló, salió del coche, y abrió la portezuela de atrás. Captó la amable sonrisa de Lili Connors, y murmuró:

—Tenemos órdenes de tratarla con la máxima corrección, señorita Connors… Pero sería muy desagradable que usted llevase algún arma oculta.

—No tengo inconveniente alguno en que me registre usted, señor Gálvez.

—Bueno —casi sonrió éste—, supongo que no es necesario, realmente. Síganos, por favor.

Entraron en la casa. Dentro, en efecto, se notaba un fresco muy

agradable. El frescor inconfundible de gruesas paredes, bien construidas, pensando en un sol tórrido; no el frescor artificial de aparatos eléctricos… En el centro del vestíbulo había un gran tiesto con una palmera, y algunas flores. Encantador… Todo era encantador.

Gálvez llamó a una gran puerta doble que había a la izquierda del vestíbulo, mientras la señorita Connors pensaba que los hombres que vigilaban la villa, ciertamente, conocían bien su oficio, su trabajo, ya que no había visto a uno solo; era como si la villa estuviese desamparada…

—Por favor, pase.

Gálvez había, abierto la puerta, y la miraba. La miraba con curiosidad, con cierto asombro, y hasta con una chispa de incredulidad. Lili entró en el salón, y tras ella lo hicieron Gálvez y Marquina. Lo primero que destacó a la veloz mirada de conjunto de la señorita Connors fueron los tres hombres que estaban de pie al entrar ella. Y los clasificó en seguida como mercenarios; igual que Gálvez y Marquina… Luego, miró hacia los cinco hombres que habían estado sentados en sillones y un sofá, formando círculo, y que se habían puesto en pie rápidamente.

Uno de ellos se adelantó hacia ella, sonriendo muy cortésmente, tendiendo la diestra.

—¿Cómo está, señorita Connors?

—Ahora, bien. Pero estaba un poco preocupada por su tardanza en pasar a buscarme, señor Olivares.

—¿Me conoce? —Alzó las cejas Miguel Olivares.

—Los conozco a los cinco. Naturalmente, en Washington me mostraron fotografías de ustedes.

—¡Ah…! ¿Con qué objeto?

—Me dijeron que debía estudiar sus facciones y exponer mi opinión respecto a si ustedes eran personas en las que se podía confiar.

Olivares abrió la boca, atónito. Por fin, sonrió de nuevo.

—¿Y cuál fue la opinión de usted? —se interesó.

—Mi opinión queda suficientemente explicada con mi presencia aquí, señor Olivares. Si ustedes no me hubiesen gustado, mi Departamento habría enviado a otra persona.

—Es usted muy peculiar —rió, ahora, Olivares—. Y muchas

gracias por formarse una buena opinión de nosotros por medio de simples fotografías. Bueno, no son necesarias las presentaciones, pero quizá quiera usted saludar a los señores Serrano, Cárdenas, Olea y Barbosa. Por el modo en que la miran, parece que usted también les parece persona agradable a ellos… Y a mí, por supuesto.

Lili Connors sonrió, se acercó al círculo de asientos y fue tendiendo la mano a los otros cuatro diplomáticos sudamericanos, con una frase cortés y amable para cada uno, que correspondieron adecuadamente.

Luego, se sentó, y los cinco hombres se quedaron mirándola como fascinados. Zenón Barbosa carraspeó, y dijo:

—No creo que nadie se moleste si sugiero que comencemos inmediatamente la conversación. ¿Tiene usted algún inconveniente, señorita Connors?

—Ninguno. Por el contrario, quisiera llegar lo más pronto posible a un acuerdo.

Hubo gestos de asentimiento, y cuatro de los sudamericanos se sentaron. Barbosa, que había quedado de pie, hizo una seña a los cinco mercenarios que había en el salón, y éstos lo abandonaron, en silencio. Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos, Barbosa se sentó, comentando:

—Les pagamos bien para que sean fieles y discretos, pero nunca se sabe… Y yo creo que el asunto es demasiado importante para que trascienda a personas ajenas al mismo.

—Completamente de acuerdo con usted, señor Barbosa. Y ya que hablamos de esto: ¿ninguno de ustedes ha comentado con nadie el motivo de su estancia en Acapulco?

—Naturalmente que no —aseguró Olea—. ¿Por qué pregunta eso?

—Por simples motivos de seguridad.

—Me parece que no la comprendemos —murmuró Cárdenas—. ¿A qué clase de seguridad se refiere? Seguridad… ¿para quién?

—Para mí. Cuando hayamos llegado a un acuerdo, se supone que, yo saldré de aquí con los documentos, ¿no es así?

—Sí… Claro.

—Le cual implica que todos ustedes los han traído.

—Desde luego.

—¿Los originales?
—¡Naturalmente!
—¿Puedo verlos?
Olea, Cárdenas y Barbosa miraron un instante, sólo un instante, hacia uno de los sillones situados en un rincón. Fue una mirada rapidísima, que inmediatamente se esforzaron en desviar…, mientras la señorita Connors bajó los párpados, como si no hubiese reparado en aquella mirada.
Y a todo esto. Olivares respondió a la pregunta de Lili:
—Nosotros preferiríamos llegar a un acuerdo antes de mostrarle los documentos, francamente…
—Y además —insistió Cárdenas—, nos gustaría que nos aclarase sus palabras respecto a su seguridad personal. ¿Qué ha querido decir?
—He querido decir que, puesto que ustedes exigieron que la CIA dejase limpia la ciudad de Acapulco, yo no dispongo de ayuda de ninguna clase para el caso de una desagradable eventualidad. No es que me guste la CIA, pero en un par de ocasiones, me han ayudado muy bien a salir de ciertos apurillos. Ahora, estoy sola en Acapulco.
—Pero usted sabe perfectamente que no debe temer nada de nosotros, señorita Connors —protestó Serrano.
—De ustedes cinco, no. Pero… ¿qué pasaría si uno de ustedes tuviese preparada una jugada privada?
—¿Qué quiere decir? —Palideció Olea.
—Quiero decir que yo podría llegar a un acuerdo con ustedes, pagarles lo convenido, y salir de aquí con los documentos…, para caer en alguna trampa. No se molesten, por favor… Comprendan que yo también tengo derecho a desconfiar.
—Tiene razón —admitió Olivares—. Pero le aseguro que ninguno de nosotros piensa complicar las cosas.
—De acuerdo. Pero, puesto que no tengo apoyo de ninguna clase en Acapulco, les voy a pedir un favor… muy sencillo para ustedes.
—Cuente con él.
—Muchas gracias. Por mi parte, tengo la seguridad de que llegaremos muy pronto a ese acuerdo, en su versión monetaria. Así que voy a prevenir la contingencia de que yo tuviese dificultades y precisase ayuda con urgencia. ¿Les parece razonable?
—Sí… Sí, sin duda.

—Entonces, les voy a apuntar a ustedes un número de teléfono de Ciudad México. En este número —Lili Connors había sacado un papel doblado de su bolsa y lo dejó sobre la mesita de centro— hay unos hombres que, apenas les digan ustedes que a Lili Connors le ha ocurrido algo, se pondrán en marcha hacia Acapulco, inmediatamente.

—Pero… ¿cómo sabremos nosotros si a usted le ha ocurrido algo, señorita Connors? —quiso saber Barbosa.

—Es muy sencillo. Yo espero salir de aquí con los documentos mañana al mediodía, ya que el dinero me llegará de madrugada, y por la mañana vendré a pagarles… Sí, saldré de aquí hacia el mediodía, con los documentos. Ustedes permanecerán en la villa, esperando una llamada telefónica mía que se producirá antes de transcurrida media hora desde que yo abandone la villa. Si esa llamada se produce, significará que todo ha terminado bien para mí, que tanto los documentos como yo estamos a salvo y a punto de emprender el regreso a Estados Unidos. Ahora bien, si transcurre media hora sin que yo les llame a ustedes a la villa, ustedes deberán llamar a este número de Ciudad México —señaló el papelito— y decir, simplemente, que la señorita Connors está en dificultades… Sólo eso. ¿Les parece razonable?

Los cinco hombres, que la contemplaban muy atentamente, cambiaron unas miradas. Luego, Barbosa contestó por todos:

—Estamos de acuerdo, señorita Connors.

—¡Magnífico…! Y muchas gracias. Ahora, hablemos de cifras, de cantidades importantes —sonrió, como divertida—. Imagino que ustedes han conferenciado al respecto, y que ya tienen pensada la cantidad a solicitar.

—Así es —sonrió Cárdenas.

—¿Y bien?

—Doscientos millones de dólares —musitó el propio Cárdenas.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Pues no —todos estaban, verdaderamente pasmados—. No, nada más…

—En ese caso, entiendo que la reunión ha terminado. Aprovecharé todavía el tiempo que queda hasta el almuerzo para darme un baño en Playa Condesa… Vendré mañana por la mañana con el dinero.

Estaba incorporándose cuando Barbosa casi tartamudeó:

—¿Acepta usted así… el pago de… mil millones de dólares?

Lili Connors respingó, le miró vivamente, y volvió a sentarse; más bien a derrumbarse sobre el sillón.

—¿Cómo mil millones? —exclamó—. ¡El señor Cárdenas ha dicho doscientos millones!

—Bueno, sí —casi tartamudeó—, también, Cárdenas. Doscientos millones para cada uno, se entiende…

—¡Se entiende! ¡Ustedes están bromeando, caballeros! ¡Vamos, por Dios…! ¡Mil millones de dólares! A esa cantidad no pienso llegar de ninguna manera, se lo aseguro a ustedes.

—Bien… Bueno, nos había parecido… una cifra razonable, francamente.

—Pues no lo es… ¡Santo cielo, mil millones de dólares…! Vamos, vamos, sean en verdad, razonables… ¿Qué les parece trescientos millones para los cinco?

—¡No! —negó Olea—. Yo no acepto, desde luego. Mire, señorita Connors, el rescindir ese… contrato con Estados Unidos le va a costar a mi país más de sesenta millones de dólares. Comprenda usted que se estaba llevando a cabo una planificación de progreso que…

—Setenta y cinco millones para cada uno, señor Olea.

—No… No, no. Lo siento.

—¿Los demás tampoco están de acuerdo con esa cantidad? —Hizo girar su mirada la señorita Connors.

—Me temo que no —murmuró Serrano.

—Ochenta —susurró Lili—. Ni un centavo más.

—Si llegase usted a los ciento cincuenta… —deslizó con cierta timidez Olivares.

—Imposible, señor Olivares… ¡Imposible! Pero, por Dios, ¿para qué quieren ustedes tanto dinero?

—Es muy fácil hablar así, para una norteamericana —refunfuñó Barbosa—. Usted, ustedes, los norteamericanos ya lo tienen todo: buena red de carreteras, ferrocarriles, centros sanitarios en todo el país, escuelas, universidades, puertos… Nosotros no estamos ni a la mitad de camino para tener todo eso. Y creemos tener derecho a vivir también con garantías de salud, de educación, de trabajo… Para Estados Unidos, setecientos cincuenta millones de dólares

serían… una gota más que saldría de su gran depósito de presupuestos internacionales. Para nosotros, para cada uno de nuestros países, ciento cincuenta millones de dólares serían una auténtica bendición. No sé si usted es capaz de entender esto, señorita Connors.

Lili Connors estuvo casi un minuto inmóvil, pensativa, con la mirada fija en el suelo. De pronto, se levantó, con gesto decidido.

—¿Pueden esperar una respuesta, durante veinticuatro horas? —susurró.

—Desde luego.

—Quizá la tenga antes. Pero tendremos que esperar todos un poco… ¿Les parece bien que en cuanto me hayan autorizado a pagar esa cantidad… o se nieguen definitivamente, venga a decírselo a ustedes? Ya les digo que el plazo máximo es de veinticuatro horas.

—Creo que todos estamos dispuestos a aceptar eso —dijo Anastasio Olea, tras mirar a los demás—. Pero si lo sabe antes, por favor, no demore su respuesta.

—De acuerdo. ¡Oh!, supongo que si vengo por mis medios a la villa, sus… amigos no me impedirán la entrada.

—Avisaremos de su posible visita en un plazo máximo de veinticuatro horas. Le permitirán entrar en la villa, naturalmente, y la acompañarán aquí. Nosotros permaneceremos en este salón, esperando.

—Ha sido un placer conocerles —dijo Lili, caminando hacia la puerta del salón—. Aunque, la verdad, un placer bastante relativo. ¡Caramba, mil millones de dólares!

Los cinco diplomáticos se echaron a reír, un tanto nerviosamente. Olivares tomó la palabra por todos:

—Sí realmente, es mucho dinero… Pero ya hemos rebajado la cifra a setecientos cincuenta, de modo que Washington puede estar satisfecha de la gestión de usted.

—No sé… En fin, quizá yo me estoy preocupando en vano. Caballeros, muy buenos días y hasta pronto.

—Gálvez y Marquina la llevarán de nuevo a Acapulco.

—Son ustedes muy amables… ¡Adiós!

Capítulo VII

Tras el saludo, Casimir Okavief se sentó al otro lado de la mesita, frente a Lili Connors, en el fondo del bar Bellamar, sito en la playa del Revolcadero, en las afueras de la ciudad. Un lugar aceptablemente discreto para una cita…

—¡Hola! —le sonrió ella—. Has venido muy rápido, camarada.

—En cambio, tú debiste llamarme mucho antes —Casimir la miraba con el ceño fruncido—: son más de las cuatro de la tarde. Nadya. Y no me digas que, hasta ahora, has estado en la villa.

—Claro que no.

—¿Dónde has estado?

—Paseando por Acapulco… y pensando. ¿Hay alguna novedad por tu parte?

—Ninguna —gruñó Casimir—. Por el momento, todo depende de lo que hagas tú. Yo sólo tengo que esperar… ¿Qué has estado pensando?

Lili Connors bajó la mirada hacia el cigarrillo que tenía entre los dedos; sus párpados parecieron ceder bajo el peso de las largas y densas pestañas. Tardó bastante en contestar, musitando:

—En primer lugar, he pensado en lo que quieres que haga esta noche utilizando a los agentes de la CIA: es muy peligroso.

—¿Ahora sales con ésas? —Respingó Okavief.

—Tú no has estado en la villa. Yo sí. Primero, no vi a nadie. Eso fue cuando entré. Me pareció qué entrar allí por cuenta propia iba a ser lo más sencillo del mundo. Pero al salir, me fijé mejor… Y hay por lo menos diez hombres visibles, Casimir. Diez hombres visibles significan por lo menos otros tantos mejor escondidos. Es decir, un total de veinte hombres que, ciertamente, no serán inofensivos…

—No te molestes en seguir —cortó secamente Okavief—: hay que hacer lo que te ordené, y eso es todo. ¿Cuántos agentes de la CIA hay, ahora, en Acapulco?

—Ayer, cuando realicé contacto con los dos que me indicaste, me dijeron que, en total, eran nueve, pues no sólo regresaron los de Acapulco, sino que vinieron algunos de Ciudad México. Puesto que yo ordené que vinieran más, quizá en estos momentos el total de agentes de la CIA en Acapulco sea de unos veinte. Eso me dijeron que podían reunir en veinticuatro horas, al menos.

—Veinte. Bueno, las fuerzas están equilibradas, ¿no es así? Veinte contra veinte, más o menos.

—Sí pero va a ser una batalla terrible, Casimir.

—¿Y qué nos importa eso a nosotros? Pero bueno, ¿qué demonios te pasa? El plan fue preparado así desde el primer momento, ¿no es cierto? Se conseguían dos objetivos. Uno matar a Baby…, y esa maldita ya está muerta. Dos, que tú la suplantaras, para utilizar a los agentes de la CIA como carne de cañón en ese ataque a la villa para conseguir los documentos… ¿Acaso las instrucciones no han estado claras en todo momento, Nadya?

—Desde luego que sí.

—Pues entonces, nada de vacilaciones: reúnes a los agentes de la CIA y los lanzas al ataque. Ellos creen que tú eres Baby, así que harán lo que tú les digas, sin vacilar… Sea lo que sea que le ordenes, ellos lo harán sin rechistar. Eres Baby, no lo olvides, Nadya. Y yo sé muy bien que cuando Baby llega a cualquier lugar del mundo, todos los mandos de la CIA en ese lugar quedan a su disposición inmediatamente para cualquier cosa que ella quiera mandar.

—¿Estás completamente seguro de eso, Casimir?

—Segurísimo. ¡Demonios, ya te lo dije! Lo comuniqué a…

—¿Y cómo lo sabes?

Casimir Okavief frunció de nuevo el ceño, y miró torvamente a Nadya Chuvenko.

—Escucha, tú has venido a Acapulco a hacer sólo una parte de este trabajo, así que hazla, y eso es todo…

—No eres muy amable con una camarada tan hermosa como yo, Casimir —sonrió Nadya Chuvenko.

—¿Por qué tengo que ser amable? —Se pasmó Okavief.

—Ni siquiera has intentado tocarme —volvió a bajar ella la mirada—. Y no veo por qué hemos de ser tan… rígidos en momentos en que no estamos trabajando.

—Pasmoso —gruñó Casimir—. Estamos metidos de lleno en un trabajo importantísimo, y me sales con ésas.

—Creo que tienes razón —murmuró Nadya, alzando la mirada —. Pero me gustaría saber si cuando lo terminemos… serás más amable conmigo. Quiero decir que quizá podríamos tú y yo descansar un par de días por aquí:…, a solas… Bueno…

—Está bien —rió Casimir—. ¿Por qué no, camarada? Cuenta con ese par de días de… descanso en mi compañía, Y te aseguro que no me disgusta en absoluto. Lo que sí me disgusta es que pienses en ello en estos momentos. Deberías pensar en…

—También he pensado en un plan que, por difícil que resulte entrar en la villa, dará resultado.

—Ah… ¡Ah, eso me gusta más! ¿Qué plan es ése?

—A mí me parece bueno…, pero quizá complique un poco las cosas.

—Si complica las cosas no es bueno. Pero te escucho.

—Bien. Podríamos ir los agentes de la CIA y yo a llevar el dinero a los sudamericanos…

—¿Llevar el dinero? —Casi gritó Casimir—. ¿De dónde quieres que saquemos un montón de millones de dólares…? Por cierto: ¿cuánto han pedido?

—Setecientos cincuenta millones.

—¡Fiuuu…! —Silbó Casimir—. Vaya, saben aprovecharse de la situación, ¿no te parece?

—Sí. Pero podríamos ser nosotros los que nos aprovechásemos de ella. Verás: yo podría ordenar al jefe de la CIA en México que pidiese los setecientos cincuenta millones… ¿Crees que si los pide Baby, se los proporcionarán?

—Desde luego. Ella puede pedirle la luna a la CIA… Y la CIA es capaz de traérsela. Pero…

—Espera. Yo pido los setecientos cincuenta millones, voy a pagarles a los sudamericanos, y ellos me entregan los documentos. Salgo de la villa con los documentos, te los entrego…, y entonces, sólo entonces, atacan los de la CIA, para recuperar el dinero. De este modo tendríamos los documentos y setecientos cincuenta millones de dólares. Si a eso añades que eres el hombre que ha matado a la agente Baby, me pregunto qué altísimo destino te estaría esperando, a tu regreso a Moscú.

Casimir Okavief miraba fijamente a Nadya Chuvenko, como hipnotizado. De pronto, se pasó la lengua por los labios, mientras sacaba el pañuelo, para limpiarse las finas gotitas de sudor que aparecían en su frente.

—¡Por todos los demonios! —jadeó.

—Supuse que te gustaría este plan, camarada —le sonrió cariñosamente Nadya.

—Es muy bueno, sí… Pero no. No, Nadya… No. Si Baby pide setecientos cincuenta millones de dólares a Washington, quizá las cosas se compliquen mucho…

—Pero tú mismo has dicho que todo lo que ella pida…

—Es mucho dinero. Podrían enviar personal que conoce a Baby, para que hablase con ella. Y entonces, en cuanto te viesen, todo se echaría a perder… No. De ninguna manera quiero correr ese riesgo. Lo que interesa son los documentos. Los documentos, Nadya.

—Me pregunto si esos documentos pueden ser más importantes que setecientos cincuenta millones de dólares.

—De acuerdo al destino que se les piensa dar, sí.

—¿Qué destino?

—El proyecto consiste en hacer reproducciones de esos compromisos de Estados Unidos con los países sudamericanos, y repartirlos a todos los Gobiernos de Europa, para que se enteren de que, en cierto momento, Estados Unidos ha pensado prescindir de la alianza europea y dedicar todos sus esfuerzos a convertir todo el continente americano en un bastión inexpugnable… naturalmente bajo su mando. Puesto que todo eso implica desentenderse de los asuntos económicos y militares con Europa en su mayor parte, los Gobiernos europeos reaccionarían contra Estados Unidos de tal modo que, se espera, decidirían prescindir ellos, por su cuenta, de la alianza atlántica. Lo cual, en definitiva, es un modo como otro cualquier de aniquilar a la OTAN. Y entonces, serían los del Pacto de Varsovia la mayor potencia militar en Europa… Creo que es bien fácil de comprender.

—Sí —musitó Nadya—. Sí, es muy fácil de comprender. Está bien, creo que, verdaderamente, no debemos complicarnos la vida: nuestro objetivo será, solamente, esos documentos.

Casimir volvió a pasarse el pañuelo por la frente.

—Bien… Quizá sea un modo estúpido de perder setecientos

cincuenta millones de dólares, Nadya.

—A mí, personalmente, no me importa —ella deslizó la mano sobre la mesa, y la puso sobre una de Okavief—. Lo que sí me importa, y mucho, es que tú no fracases, Casimir.

Éste miró la mano de su camarada sobre la suya. Luego, miró los verdes ojos, fijamente. Ella volvió a bajar la mirada, tras sonreír un tanto temblorosamente.

—Bien —susurró Okavief—. Realmente, en el espionaje siempre hay sorpresas… ¿Te has enamorado de mí?

Nadya asintió con la cabeza, sin mirarlo, baja la mirada… Okavief se puso en pie, rodeó la mesa, tomó a Nadya de un brazo, y la obligó a ponerse en pie.

—¿Cuándo has de reunirte con los de la CIA?

—Más tarde. Me dieron una radio de bolsillo de uno de ellos; así que puedo llamarlos cuando quiera. Pero antes de hacerlo quise hablar contigo, por si te parecía factible mi nuevo plan.

—Es factible, sí, pero no seguro, Nadya. Escucha: termina el trabajo, lleva a esos de la CIA al matadero, consigue los documentos y reúnete conmigo… Nos iremos juntos de aquí en cuanto la autenticidad de los documentos haya sido comprobada…

—¿Comprobada? ¿Por quién? No comprendo…

—No te preocupes por eso, que también está previsto. Sólo quiero que esto termine, Nadya. Entonces…

Se inclinó sobre ella, y la besó en los labios. Nadya Chuvenko rodeó con sus brazos el cuello de Okavief, y se apretó contra él, correspondiendo dulcísimamente al beso… Por fin, Casimir la apartó, estuvo mirándola unos segundos como si fuese la primera vez que la veía, y de pronto la soltó y salió a toda prisa del bar Bellamar…

Durante casi un minuto, Lili Connors permaneció inmóvil, con la boca entreabierta. Por fin, suspiró, se sentó de nuevo, y de su bolso sacó la radio de bolsillo, que se acercó a la boca como en un gesto casual, apretando el botoncito de llamada.

—¿Simón? —susurró.

—Adelante, Baby. La estamos esperando.

—Estaré ahí dentro de media hora. Pasen a recogerme.

* * *

Media hora más tarde, la señorita Connors se apeaba de un taxi muy cerca de la Base Naval, y caminaba hasta la esquina más cercana. Apenas hacía un minuto que estaba allí cuando apareció el coche, con dos hombres en el asiento delantero. El coche se detuvo junto a ella, qué abrió la portezuela de atrás, y ocupó aquel asiento, tan rápidamente que, en realidad, el coche apenas llegó a detenerse. Siguió adelante, mientras el agente de la CIA Jerry Bowman se volvía en el asiento para mirarla expectante.

—¿Cómo le ha ido en la villa? —preguntó.

—Bien.

—¿Ha podido examinarla sin que esos hombres sospechasen?

—No ha sido necesario. En realidad, ha resultado muy fácil saber dónde están los documentos. Pero quizá tengamos dificultades para transportarlos.

Bowman-Simón quedó un instante atónito.

—¿Dificultades para transportar unos cuantos papeles? No la comprendo.

—Ya lo comprenderá. ¿Está todo preparado?

—Desde luego. ¿Quiere que vayamos a examinar todo el material?

—Naturalmente. ¿Ha habido alguna dificultad en la casa?

—Ninguna hasta el momento, que nosotros sepamos. Mmmmm…

—¿Sí?

—Bien, es que… Bueno…

—Diga lo que sea, Simón.

—De acuerdo. La pregunta es ésta: ¿está segura de que en la Central aprobarán lo que vamos a hacer?

—Le contestaré con otra pregunta: ¿Usted tiene noticia de que la Central haya desaprobado, alguna vez, cualquiera de mis trabajos?

—Bueno, no, pero…

—¿Quizá tiene alguna duda respecto a quién manda en cualquier parte del mundo cuando yo llego a esa parte del mundo?

—No, pero…

—Te estás complicando la vida —dijo Jack-Simón, que conducía con gran cuidado—. Ella es Baby, ¿no? Pues nosotros, todo lo que tenemos que hacer es obedecer. De este modo, no sólo adquirimos la seguridad de que todo va a salir bien al final, sino que

demostramos que somos unos buenos muchachos.

—Esa es la voz de la Sabiduría —dijo Lili Connors—. No la desoiga, Simón.

—De acuerdo —aceptó Jerry Bowman—. Pero yo sigo pensando que lo que vamos a hacerle a los sudamericanos es una auténtica cochinada, Baby.

—¡Ah! —sonrió la espía—. Eso es cierto, desde luego. Pero dígame una sola acción o trabajo de espionaje que no sea una grandiosa cochinada.

—Me doy por vencido —rió Simón.

Media hora más tarde, llegaron a destino: Era una vieja casita de pescadores, al sur de Acapulco, y muy cerca del mar. Cuando el coche se detuvo delante de la casa, aparecieron dos hombres que se acercaron rápidamente al coche, y uno de ellos abrió la portezuela de atrás. Los dos se quedaron mirando como fascinados a la bella rubia que se apeó, sonriendo.

—¡Hola, Simón! —saludó—. ¡Hola, Simón!

Los dos nombres sonrieron anchamente.

—¡Hola, Baby!

—¡Hola, Baby!

—¿Todo bien por aquí?

—Sí: sí seguro… Nuestro rehén no puede complicarnos la vida, naturalmente. ¿Quiere echarle un vistazo?

—No. ¿Para qué? Lo que quiero es ver el camión. Y todo el material… Entiendo que está todo preparado.

—Desde luego.

Se dirigieron los seis hacia el otro lado de la casa, donde estaba el viejo camión. Más que viejo, era ya una reliquia de tiempos pasados. Baby se acercó, y abrió las dos puertas de atrás, echando un vistazo al interior, que estaba vacío. Golpeó las puertas, y luego los lados de la caja…

—Considerando el poco tiempo de que hemos dispuesto para prepararlo —dijo uno de los que la habían recibido—, es toda una obra de arte. No va a ser un vehículo veloz, debido al peso de las planchas de hierro, pero, ciertamente, es todo un carro de combate.

—De eso se trata. ¿Y las ruedas?

—Eso fue lo verdaderamente difícil: encontrar ruedas de goma macizas… Pero puede comprobar que lo hemos conseguido.

Baby apretó las ruedas del camión, que no cedieron en lo más mínimo, y asintió satisfecha.

—¿Los cristales de la cabina?

—A prueba de balas, naturalmente.

—Perfecto. Vamos a ver el resto del material.

Entraron en la vieja casa, donde otro hombre había estado esperando, mirando por una ventana. Al ver a Lili Connors se llevó una mano a la sien en saludo militar, sonriendo.

—Simón V a sus órdenes, Mi Reina.

—Baje la mano, soldado —rió ella—. ¿Han llamado los demás?

—No desde las dos de la tarde. Todo está bien.

—¿Cuántos en total, por fin?

—Diecisiete.

—Estaremos en ligera desventaja. Pero espero que entre la sorpresa y el buen uso de nuestro material la cosa quedará suficientemente compensada. Veamos el material.

Simón V señaló una puerta, fue hacia allá y la abrió. Lili Connors entró en aquel cuarto: en cuyo centro había una mesa paticoja, sobre la cual se había dispuesto todo el material por ella solicitado. Lo examinó brevemente, y acabó por asentir.

—De acuerdo —susurró—. Si algo sale mal, no será por culpa nuestra. Celebraremos, ahora, una pequeña conferencia de puntualización y luego me iré en el coche…

—¿A qué hora atacaremos? —preguntó Bowman-Simón.

—Había pensado hacerlo bien entrada la noche, pero creo que no es conveniente, pues quizá los sudamericanos se hubiese acostado ya… No. Después de mucho reflexionar, he elegido las diez de la noche. Espero que sea una hora… adecuada.

Capítulo VIII

A las diez en punto de la noche, el coche se detuvo delante de las verjas de la villa cercana a la autopista Acapulco-Ciudad México. Sentada ante el volante, Lili Connors hizo unas señas con los faros y, a los pocos segundos, dos hombres aparecieron al otro lado de las verjas. Entonces, se apeó y se acercó a ellos.

—Soy Lili Connors. Sus jefes acordaron recibirme a cualquier hora.

—Sí, lo sabemos. Por favor, pase, señorita Connors.

Ésta regresó al coche, entró en la villa y condujo hacia la casa. Cuando llegó allá, Gálvez y Marquina la estaban esperando, y el primero abrió la portezuela.

—Buenas noches —saludó—. Le haré la misma tonta pregunta de esta mañana, señorita Connors: ¿Lleva usted armas?

—Le daré la misma respuesta: no.

—Gracias —sonrió Gálvez—. Entre, por favor…

Cuando entró en el salón, los cinco diplomáticos sudamericanos estaban de pie, mirando todos hacia la puerta. Sobre la mesita que ocupaba el centro del círculo formado con sillones se veían botellas de licor, vasos, cigarrillos… Todo estaba lleno de humo. Esto y la expresión de aquellos cinco rostros, hizo comprender a la espía el inquieto estado de ánimo de los sudamericanos.

—Buenas noches —saludó sonriente—. Espero no molestar a estas horas.

—Por supuesto que no —se adelantó Olivares, tendiendo la mano—. ¿Tiene ya una respuesta?

—Sí —musitó Lili mirando a los mercenarios.

Miguel Olivares comprendió; e hizo una seña a Marquina y a Gálvez, que abandonaron el salón. Señaló uno de los sillones y Baby lo ocupó. Los cinco hombres se sentaron a su vez, como autómatas, mirándola como si estuviesen hipnotizados.

—¿Y bien? —No pudo esperar más Zenón Barbosa.

—Lo siento —dijo ella—. Sólo he podido conseguir quinientos millones. Cien para cada uno de ustedes. Y le aseguro que es inútil prolongar la conversación en ese sentido.

—Quinientos —murmuró Cárdenas—. Bueno, no sé…

—¡Vamos, vamos, señor Cárdenas! Con cien millones de dólares ustedes van a quedar suficientemente compensados de la anulación de los acuerdos con Washington. Y, naturalmente, esa anulación de compromisos implica tácitamente un completo silencio al respecto en el futuro. Quiero decir que sería muy desagradable para todos que más adelante intentasen un… chantaje, o algo parecido.

—¿Lo de los cien millones es firme? —preguntó Olea.

—Completamente en firme.

—Bueno —sonrió Anastasio Olea—. En lo que a mí se refiere, acepto. La verdad es que no había esperado conseguir más de setenta y cinco, desde el principio.

—Lo sé —rió Lili Connors—. Es decir, tenía esa certeza. Y lo mismo pasa con los demás. ¿No es así, caballeros?

Ahora los cinco rostros se mostraban sonrientes. Pedro Serrano fue el que se mostró más expansivo.

—Es cierto —admitió—. Pero comprenda usted que no se pierde nada por pedir mucho. Cien millones está bien, para mí.

—¿Y los demás? —Los miró Lili.

—Todos aceptamos. ¿Cuándo recibiremos el dinero?

—No se lo puedo decir con toda exactitud, pero le estoy esperando. ¿Puedo ver los documentos, ahora?

—Mire, señorita Connors, no se lo tome a mal, pero…

—¿Si no hay dinero no hay documentos? —sonrió ella.

—Pues… Bueno, lo ha dicho usted un tanto crudamente, pero así es. Lo siento.

—Más lo siento yo, pues me van a obligar a cargar con la caja, en lugar de llevarme cómodamente los documentos nada más.

—¿La caja? —entornó los ojos Olivares.

—¿Qué caja? —preguntó Barbosa.

—La que hay debajo de aquel sillón —señaló Lili—. Debe pesar una barbaridad, y desde luego, no será fácil abrirla, pero, en fin… Hay que aceptar las cosas como vienen. Yo esperaba que al ofrecerles finalmente una cantidad que les satisficiera, la abrirían,

pero veo que tendré que hacer las cosas con incomodidad. Claro que ya estaba previsto…

—¿De qué está usted hablando?

La señorita Connors introdujo dos deditos en su escote, y sacó lo que a los cinco diplomáticos les pareció una pequeña compresa de gasa, que parecía envolver algo. Cuando Lili mostró su contenido, los cinco se quedaron mirando, desconcertados, aquellas pequeñas ampollas de cristal, que ella fue tomando cuidadosamente con la mano derecha.

—¿Qué es esto? —se interesó Olea, intrigadísimo.

—Gas narcótico —sonrió la señorita Connors.

Se colocó la gasa ante la boca y nariz, sosteniéndola con la mano izquierda. La derecha se movió, lanzando sobre la mesa dos de las pequeñas ampollas de cristal… El efecto fue fulminante: los cinco hombres se desplomaron a la vez, dormidos en el acto por el gas. Tres de ellos quedaron en su sillón; dos, se vencieron hacia adelante, y rodaron por el suelo.

Lili Connors permaneció inmóvil durante no menos de medio minuto, rodeada de humo que parecía espesarse en el silencio del salón. Transcurrido ese tiempo, retiró la gasa, que volvió a colocar en el escote, con las ampollas que le quedaban bien envueltas.

Se puso en pie, fue hacia el sillón que aquella mañana habían mirado tres de los sudamericanos, y lo apartó, no sin esfuerzo. Y en efecto, debajo, la mitad hundida en el agujero rectangular practicado en el piso, había una caja fuerte, de tal tamaño y aspecto que la señorita Connors frunció el ceño.

—¡Qué barbaridad! —masculló.

Intentó moverla, pero se convenció en seguida de que era superior a sus fuerzas. Se arrodilló ante la puerta de acero, pero comprendió que ni siquiera valía la pena intentar abrirla, pues aunque acertase a hacerlo, al estar encajada en el agujero, la puerta no podría abrirse, de todos modos.

—Bien —encogió los hombros—. Sigamos con el plan previsto.

Colocó el sillón en su sitio y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo allí, se subió la falda y metió la mano en los pantaloncitos, retirando de allí la pequeña radio. La acercó a su boca, apretó el botón y dijo:

—Psit.

—Sí —susurró una voz.

—Veinte segundos —susurró, también ella.

Cerró la radio, la volvió a meter en los pantaloncitos y abrió la puerta, saliendo rápidamente del salón. Marquina y Gálvez, esperaban fumando en el vestíbulo, se volvieron vivamente hacia ella.

—¿Ya han terminado? —se sorprendió Marquina.

—Sí… ¿No había más de ustedes en la casa, esta mañana?

—Así es. Pero por la noche toda la vigilancia se realiza en el jardín… ¿Han llegado a un acuerdo?

—Sí, por fin. Entonces… ¿están ustedes solos en la casa?

—Claro. ¿Por qué lo pregunta? ¿Qué importa…?

El puño de Lili Connors golpeó, en impecable directo, en el centro de la barbilla de Marquina, que estaba ya ante ella. El golpe le alcanzó justo bajo el labio inferior, y fue suficiente para que Marquina se desplomase hacia atrás sin sentido, con extraño salto.

Gálvez lanzó una exclamación de sorpresa, primero. Acto seguido llevó velozmente la mano derecha al sobaco izquierdo, mientras su boca se abría para lanzar el grito de aviso… No terminó ninguna de los dos cosas: el pie derecho de Lili Connors subió con terrible potencia, y le alcanzó en la garganta; por debajo de la mandíbula. Fue un gesto impecable, como un paso efectuado por una bailarina cuyo cuerpo parecía de goma. Pero, evidentemente, no lo era. Al menos, no lo era el pie, cuya dureza comprobó muy bien Gálvez. En lugar del grito, emitió un ronquido, puso los ojos en blanco y cayó de espaldas, como muerto.

Lili Connors ya no hizo el menor caso a ninguno de los dos. Corrió hacia la puerta, la abrió y salió al porche, con gesto tranquilo y caminar reposado. Fue directa al coche, lo puso en marcha y giró, enfilando el sendero hacia las verjas. Se detuvo a siete u ocho metros de éstas y tocó suavemente el claxon. Los dos hombres aparecieron, y cada uno de ellos tiró de una parte de las verjas, abriéndolas, sin conceder importancia alguna a las luces de un vehículo que parecía acercarse a la villa.

A lo que sí concedieron importancia, asombrados, fue al sorprendente hecho de que, en cuanto las verjas estuvieron abiertas completamente, la visitante de sus jefes hizo marcha atrás y regresó de este modo hacia la casa.

No tuvieron mucho tiempo para permanecer asombrados: el camión irrumpió en la villa, tras una brusca maniobra cuando parecía que iba a pasar por delante simplemente. Las luces cegaron a los dos hombres, que comenzaron a gritar. El camión pasó por entre ellos, rugiendo con fuerza el motor. Con tanta fuerza, que ahogó los de por sí silenciosos disparos que brotaron de ambas ventanillas. Aparecieron las rojas pinceladas y los dos hombres encargados de las verjas dejaron de gritar, de estar asombrados… y dejaron de vivir…, mientras el camión pasaba zumbando en dirección a la casa, en pos del coche que retrocedía.

Para entonces, desde varios puntos del jardín comenzaron a disparar contra el camión, y llegaban las exclamaciones de varios hombres. La oscuridad comenzó a ser perforada por pinceladas de fuego, y las balas rebotaron en la caja del camión, con aguda vibración…

El coche se había detenido ya delante de la casa, y de él llegó la voz de la mujer que lo conducía:

—¡Los gases! —gritó—. ¡Pronta los gases!

Las puertas de atrás del camión se abrieron y varios hombres saltaron de él, todavía en marcha. Rodaron por el suelo, se colocaron velozmente de rodillas formando un círculo con la espalda hacia adentro, y comenzaron a disparar con las grandes pistolas de largo cañón, hacia todos los lados, de modo que sus disparos seguían las líneas que formarían los radios de una rueda.

Dentro del coche, la señorita Connors había vuelto a colocar ante su boca y nariz la compresa de gasa, convencida de que el silencio sería total después de aquellos disparos de cápsulas de gas… Pera en alguna parte del jardín todavía se veían las rojas pinceladas de los disparos… Volvió la cabeza, para mirar por el cristal zaguero hacia las verjas, y vio encaramados a éstas tres hombres que estaban disparando precisamente hacia donde habían brillado los últimos fogonazos.

Y entonces sí, de pronto se hizo el más completo silencio. Los tres hombres de las verjas saltaron al interior de la villa y corrieron hacia donde estaban los cadáveres de los dos encargados de la puerta, retirándolos inmediatamente, arrastrándolos hacia los arbustos. Luego cerraron las verjas y desaparecieron.

La señorita Connors salió del coche, y corrió hacia la puerta de

la casa, todavía con la compresa en la boca. Y tras ella corrieron los hombres que habían saltado del camión. Cuando entraron en la casa. Lili les señaló a Marquina y Gálvez. Uno de ellos asintió y disparó con su gran pistola una cápsula de gas hacia los dos hombres que, del sueño producido por los golpes de la espía, pasaron al mucho más profundo y prolongado provocado por el gas.

Lili señaló hacia el salón y entraron todos. Afuera no se oía nada. Cinco de aquellos hombres que llevaban ante la boca y nariz mascarillas de gasa antigás, sacaron unos finos cordeles blancos de los bolsillos y procedieron a atar expertamente a los cinco diplomáticos sudamericanos. Al terminar, miraron a Lili, que retiró su gasa antigás, y dijo:

—Ya no hay peligro: los efectos del gas han pasado. Vean cómo están las cosas ahí fuera: Con cuidado. Dos de ustedes ayúdenme.

Salieron todos menos dos, que la ayudaron a retirar el sillón que cubría la pesada caja fuerte. Luego, intentaron moverla, pero en vano.

—Quizá esté atornillada al suelo, o algo parecido —dijo Bowman-Simón.

—Sea como sea, hay que cargarla en el camión.

Un minuto más tarde, habían llegado a una conclusión que parecía más lógica.

—Esta maldita caja está colocada sobre un lecho de cemento, así que es peor que si estuviese clavada. No podremos moverla a menos que utilicemos dinamita o nitroglicerina.

—Vayan al garaje, a ver si encuentran herramientas para hacer más amplio el agujero.

—Será inútil. Si han puesto cemento…

—Hagan lo que les digo.

—*Okay!*

Los dos hombres salieron, cruzándose con otro agente de la CIA que miró a Lili y alzó el puño con el pulgar hacia arriba, sonriendo.

—Ni una baja, Baby. De ellos, solamente han muerto los de las verjas.

—Lo siento, pero no había más remedio.

—No se ha perdido gran cosa. ¿Los traemos ya a todos aquí?

—Sí. Luego lleven a los sudamericanos al camión. Necesito aquí tantos hombres como herramientas puedan encontrar para agrandar

este agujero. Y quiero una vigilancia fuera, por si llegase alguna visita inesperada.

Los agentes de la CIA comenzaron a moverse con rapidez y seguridad bajo las claras y precisas órdenes de Lili Connors. Seis de ellos quedaron encargados de la vigilancia del exterior. Cinco, se dedicaron a transportar a los diplomáticos sudamericanos al camión, y luego a recorrer la casa. Los demás, provistos de diferentes herramientas, comenzaron a picar en el suelo, agrandando el agujero en el que estaba la caja fuerte, pero sólo por delante de la sólida puerta, hasta que no hubo obstáculo para qué ésta pudiera ser abierta… si es que alguien era capaz de ello.

—Está bien —dijo Lili—. Ahora me toca a mí.

Se tendió en el reventado suelo, delante de la caja, de modo que una oreja quedó pegada a la puerta, y sus finos dedos tocaron el dial… Eran las diez y catorce minutos.

A las diez y treinta y cinco, Lili Connors estaba sudando aún más copiosamente de lo que habían sudado los agentes de la CIA que habían agrandado el agujero. El silencio era angustioso. Los espías miraban con frecuencia sus relojes. Amortiguado, llegaba el rumor de vehículos en la autopista.

De pronto Lili Connors se irguió, se pasó un brazo por la frente y suspiró. Cuando acercó una mano a la manilla de la puerta, las respiraciones quedaron en suspenso.

Luego, cuando la puerta se abrió, más de una docena de suspiros se mezclaron a las exclamaciones de triunfo.

—¡Lo ha conseguido!

—¿Están los documentos ahí? —Se acuclilló Bowman-Simón, junto a Lili.

Ésta metió la mano dentro de la caja y sacó unos grandes sobres, de diferentes tamaños y colores. Cinco sobres, en total… No había nada más en la, caja. Lili se puso en pie.

—Vámonos —dijo.

—Pero… ¿no mira lo que hay dentro de los sobres? Quizá no sean los documentos auténticos, o sea otra cosa, simplemente.

—Pronto sabré si son los documentos auténticos —aseguró ella, firmemente—. Mientras tanto todos ustedes saben lo que tienen que hacer.

Sin más explicaciones, salió de la casa, se metió en el coche y

abandonó la villa.

* * *

Casimir Okavief abrió la puerta de su apartamento, la vio con los sobres bajo el brazo y sus ojos se dilataron.

—Lo has conseguido —musitó.

Ella asintió con la cabeza, entró, puso los sobres en sus manos y fue directa al saloncito, donde se dejó caer en un sillón… Desde la puerta, Okavief la estuvo contemplando en silencio durante unos segundos. Luego, fue a sentarse en otro sillón, rasgó los cinco sobres y extrajo los documentos, que comenzó a leer ávidamente, lanzando continuas exclamaciones de sorpresa, de alegría, de sobresalto…

—¡Por todos los demonios! —jadeó—. ¡En cuanto estos documentos lleguen a manos europeas, no doy ni un maldito kopec por la salvación de la amistad entre Europa y Estados Unidos! ¿Tú tienes una idea de lo que estaba tramando Estados Unidos en el continente americano?

—No… No…

Okavief se pasó las manos por la cara y quedó de nuevo pensativo, como alucinado. De pronto, dejó los documentos, se puso en pie y se precipitó hacia el teléfono.

Segundos después estaba al habla con Ciudad México.

—Soy Casimiro Rosales… ¿Me recuerdan?

—¡Ah, muy amables! —Okavief no podía disimular el gozo en su voz—. Bien, les llamo para decirles que la mercancía especial que estaba esperando ha llegado a mi poder hace unos minutos.

—¡…!

Okavief rió nerviosamente.

—¡Claro que estoy seguro!

—¿…?

—No, no… Ninguna dificultad, en absoluto. Su secretaria ha llegado sana y salva, desde luego. Acaba de entregármelos. Todavía desconozco los detalles del viaje, pero creo que esto puede esperar… Los pondré a ustedes al corriente cuando los visite próximamente en Ciudad México. Mientras tanto, convendría que el experto examinase la mercancía especial, por si durante el viaje hubiera sufrido algún deterioro que no aconsejase su introducción

al mercado… ¿Les parece bien?

—De acuerdo. ¿Dónde está el experto?

—Entendido. Sí, sí… De acuerdo. Por mi parte, nada más.

—Gracias… Muchas gracias… ¡Adiós!

Colgó y se volvió hacia Lili Connors, con ojos relucientes de alegría.

—Ya empiezan las felicitaciones. Dentro de poco… ¿Qué te ocurre?

—Nada —contestó con voz tensa Lili—. Nada, nada.

Casimir Okavief parpadeó. De pronto, se mordió los labios. Fue al mueble-bar, sirvió una buena dosis de licor y llevó el vaso a Lili Connors.

—Toma, bebe esto… Me parece que lo necesitas.

La espía tomó el vaso y lo llevó hacia su boca, pero su mano comenzó a temblarle tanto que el licor saltó a todos lados, manchando sus ropas y las de Okavief.

—Lo… siento…

—No te preocupes —Okavief le sujetó la mano y la ayudó a beber, luego dejó el vaso sobre una mesita, fue a arrodillarse ante Lili y le tomó las manos, que estaban frías—. Tranquilízate, Nadya. Todo ha pasado ya.

—No… no comprendo lo… lo que me pasa…

—Yo sí. Es el miedo que has pasado que se está liberando ahora… Tómalo con calma. Y si quieres —sonrió—, puedes gritar. Ya no importa. ¿Quieres gritar?

—No, no… Pero siento… siento un frío que… que…

—Es natural. Y te diré una cosa: insistiré en que los méritos de mi plan sean repartidos entre los dos. Quizá pienses que he sido muy egoísta, pero… Bien —volvió a sonreír animosamente—. Como comprenderás, yo no podía ocupar el lugar de Baby, ¿no te parece?

Lili Connors intentó sonreír, pero sólo consiguió una extraña mueca.

—Me… me encuentro mal Casimir…

—Lo sé. En estos momentos tienes frío y náuseas, ¿no es así?

—Sí… Sí, sí…

—Mañana habrá pasado. Durante algún tiempo, cada vez que recuerdes lo que has hecho sentirás ese frío y las náuseas… Pero poco apoco lo irás olvidando, te lo aseguro. ¿Nunca habías hecho

nada parecido?

—No, nunca… ¡Nunca! Yo…

Bip-bip-bip-bip…, oyeron la señal, amortiguada, sobre el vientre de Lili Connors. Ésta respingó. Luego, subió su vestido, y retiró de los pantaloncitos la pequeña radio, que seguía emitiendo su señal de llamada.

—Dame eso —le arrebató la radio Okavief—; yo hablaré con los de la CIA.

Apretó el botón de apertura de canal y, en seguida, se oyó la voz masculina:

—¿Baby?

—Tengo una noticia para ustedes —dijo Casimir, exultante de alegría—. Baby ha muerto.

Se oyó una exclamación. Luego, el grito:

—¿Quién es usted?

—El hombre que la ha matado. Pero no ahora… La mujer con la que ustedes han estado trabajando era rusa. En estos momentos está conmigo, y naturalmente, me ha entregado los documentos. Baby falleció hecha pedazos al explotar la lancha que me robó. Pueden comunicárselo así a sus servicios centrales. Eso es todo.

—¡No…!

Okavief cerró la radio, la dejó caer al suelo y la aplastó de un fortísimo taconazo, echó los restos a un lado de un puntapié, y tomó por los brazos a Nadya Chuvenko, poniéndola en pie.

—Lo mejor, ahora, es que descanses. Intenta dormir. Mañana por la mañana iremos a ver al hombre que tiene que confirmar la autenticidad de los documentos. Sólo que para entonces, ya tienes que, ser de nuevo una pelirroja. Me gustas más como pelirroja —sonrió.

—Casimir, yo… yo habría querido que esta noche… Pe… pero no… no podría… no podría ofrecerte…

—Te comprendo. Nadya. No te preocupes por nada. Simplemente, duerme. O al menos, descansa. En estos momentos, la CIA debe estar iniciando en Acapulco la búsqueda de la mujer que se ha hecho pasar por Baby… Muy bien, que trabajen todo cuanto quieran. Mañana, con tus rojos cabellos, cuando ellos crean que ya estás muy lejos de aquí, tú y yo iremos a dar un paseo en lancha. Después de eso nos marcharemos muy lejos de Acapulco…

—¿Con los documentos?

—No —rió Okavief—. Los documentos se quedarán en manos del experto, que, a su vez, los entregará a uno de los nuestros en otro lugar. Nosotros estaremos libres de regresar a Moscú por una ruta… larga y tranquila. Diremos que lo hemos hecho por motivos de seguridad.

—Creí que teníamos que volver a Ciudad México.

—No, no. No hagas caso de las conversaciones comerciales. Acuéstate. Yo voy a leer completamente estos documentos, y cuando termine dormiré en el sofá. Descansa… Quiero que estés fresca para emprender mañana nuestro viaje privado, después de la entrevista con el experto…

Capítulo IX

A las siete de la mañana, cuando Casimir Okavief todavía dormitaba, pues había estado leyendo los documentos casi hasta las cuatro de la madrugada. Nadya Chuvenko ya había lavado su teñido rubio y aparecía con sus rojos cabellos, recién bañada, y, al parecer, olvidada de las angustias de la noche anterior.

Okavief tuvo que despertar completamente cuando ella, sentada en el sofá a su lado, le besó en los labios.

—Buenos días, camarada Okavief —le sonrió.

Casimir le pasó, una mano por la nuca, la obligó a inclinarse de nuevo y la besó, largamente, mientras sus manos acariciaban el elástico cuerpo inclinado sobre el suyo… De pronto, la apartó, como sobresaltado.

—¿Qué hora es?

—Las siete.

—¡Ah…! Tenemos tiempo. Pero no nos descuidemos; sería absurdo llegar tarde por una tontería.

Nadya Chuvenko sonrió, pero un tanto mosqueada.

—¿A qué llamas tú una tontería?

Casimir se echó a reír. La volvió a besar y luego se incorporó.

—Veo que tú ya estás preparada. De acuerdo, voy a ducharme y saldremos inmediatamente en la lancha.

—¿Adónde iremos?

—Pues… Bueno, verás un yate magnífico, eso es todo. Espero que te guste.

* * *

Divisaron el yate hacia las diez de la mañana, y en efecto, a primera vista le gustó a Lili Connors: grande, blanca nuevo… Un yate

magnífico. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, pudo ver su nombre: Lone Star. Por supuesto, la bandera era norteamericana. Y Nadya Chuvenko miró sobresaltada a su camarada.

—¿Estás seguro de que es ése?

Casimir Okavief se limitó a reír brevemente.

Cuando se cruzaron con el yate, que parecía navegar hacia Acapulco, los dos pudieron ver a dos hombres en la cubierta. Uno de ellos, vestido de blanco y azul, los estaba observando con unos prismáticos. Okavief maniobró con la lancha de tal modo que describió una vuelta completa alrededor del yate, aprovechando su superior velocidad. Después, el yate se detuvo, y finalmente, la lancha quedó pegada a su costado de estribor. Arriba colocaron una escalera de madera pintada de blanco, con barandillas, y tras amarrar, la lancha a ella, Okavief señaló hacia arriba.

—Tú primero, Nadya.

Subió tras ella. El hombre vestido con pantalones blancos y chaquetón azul estaba mirando críticamente a Lili Connors, pero Casimir le sonrió.

—No se preocupe, Weygand… ¿Cómo van las vacaciones?

—Bien. ¿Quién es ella?

—Una camarada que ha intervenido muy eficazmente en esto… Debería usted haber comprendido ya que es la mujer que ha ocupado el lugar de Baby en este asunto.

Jefferson Weygand se pasó la lengua por los labios y miró por fin el paquete que portaba Casimir.

—¿Lo ha conseguido?

—Desde luego. Gracias a sus informes, naturalmente —se apresuró a añadir Casimir—. Efectivamente, Baby llegó el día fijado por usted, y a partir de ahí, todo fue sencillo. Excepto para Nadya, que ha pasado malos momentos. ¿Todos sus tripulantes son de confianza?

—Desde luego…

—¿Y él, quién es? —preguntó Nadya, con el ceño fruncido.

—El senador Jefferson D. Weygand —rió Casimir—. Uno de los mejores colaboradores de la MVD en Washington. Él fue quien supo qué día estaba prevista la llegada de Baby a Acapulco, y gracias a eso pudimos tenderle la trampa. Además, es el hombre que nos dirá si los documentos son los auténticos, o no. Si es así, se los quedará y

los entregará a uno de nuestros jefes cuando llegue a Panamá, siguiendo su periplo de vacaciones… Y, por supuesto, es también el hombre que nos informó de la existencia de esos documentos y de lo que estaba ocurriendo con ellos… Todo ha partido de sus informaciones periódicas.

—Pero… él es norteamericano, ¿no?

—¡Claro! —se sorprendió Casimir—. Ya te he dicho que es senador por…

—¿Y por qué hemos de confiar en él?

Casimir Okavief pareció quedar estupefacto. Jefferson D. Weygand soltó un bufido y señaló hacia la entrada al interior del yate.

—Vamos adentro —gruñó—. Quiero examinar esos documentos y que ustedes marchen cuanto antes. No me gustan los contactos prolongados, Okavief.

—A mí tampoco —reaccionó el ruso—. Vamos, allá. Y tú, Nadya, no digas más tonterías; la fidelidad del señor Weygand está ya fuera de toda duda.

—¿Por qué? Traidor una vez, traidor mil veces. Casimir… Si está traicionando a su patria, ¿por qué no podría traicionarnos a nosotros cuando le conviniese?

—Dígale a esta estúpida que cierre la boca de una vez —masculló Weygand, echando a andar.

Segundos después, estaban los tres en el saloncito del yate. Okavief y Weygand se sentaron uno junto al otro, y el segundo comenzó a examinar los documentos. Nadya Chuvenko se dedicó a mirar al mar, por el amplio ventanal alargado…

—Lo son —dijo Weygand, después de unos minutos de examen—, son idénticos a los que tuve la oportunidad de ver en una de mis visitas al despacho del presidente Nixon. Son los auténticos.

—Bien… Pues no tenemos nada más que decirnos, ¿verdad, Weygand? Siga su ruta y entréguelos a quien usted sabe, en Panamá. Nadie va a molestar a un senador de Estados Unidos en vacaciones. ¿Hay alguna información importante que deba yo trasladar a mis superiores?

—Yo siempre tengo algo que ofrecer —murmuró Weygand—. El pago, como siempre, a mi cuenta clave en Suiza.

—Eso ya no es cosa mía —encogió los hombros Casimir.

Weygand sacó un sobre de un bolsillo interior. Y el ruso lo guardó en uno de los suyos. Se puso en pie.

—Vámonos, Nadya.

Un minuto más tarde, ya ambos en la lancha, Nadya miró con gesto visiblemente malhumorado a su camarada.

—Yo no me fiaría de un hombre así… Quizá no entregue los documentos.

—Lo hará. Vamos a tener que volver ahora a Acapulco, para enviar por correo el sobre que me ha entregado Weygand… Desde Ciudad México lo remitirán por los medios adecuados a Moscú. Okavief apartó la lancha del costado del yate, y emprendió el regreso hacia Acapulco, dejando muy pronto atrás el yate Lone Star.

—Esos documentos que te ha entregado ahora el senador Weygand deben ser urgentes —dijo Lili Connors—. De otro modo, podría haberlos entregado en Panamá, con los otros…

—Sí —reflexionó Casimir—. Estaba pensando en ello. Creo que lo mejor será que me ponga en contacto con Ciudad México, para que me digan exactamente, qué hacemos con este sobre.

—¿Utilizarás el teléfono?

—Claro. La única radio de que disponíamos aquí quedó hecha pedazos con Baby, cuando explotó la lancha.

—¿Y cómo vas a describir por teléfono unos documentos como ésos? —Se preocupó Nadya—. Puede ser peligroso, Casimir.

—Sí, pero…

—Los americanos tenían una radio en la casa donde lo preparamos todo. Quizá podríamos utilizarla.

—¿Estás loca? —La miró vivamente Okavief—. ¿Pretendes que vayamos allá y les pidamos a los americanos que nos dejen utilizar su radio?

—¿Crees que habrá algún americano allá? —sonrió Nadya.

—¿Dónde han de estar si no?

—Pues, camarada —rió ella—, quizá estén buscando a una mujer rubia, muy lejos de Acapulco. En cuanto a la radio, todas las noticias que pudieran transmitir por ella, ya han sido transmitidas. Y no creo que se la hayan llevado. Saldrían todos como una jauría de perros rabiosos en mi busca.

Casimir Okavief parpadeó. Movió la cabeza…

—Demasiado peligroso —negó—. Absurdamente peligroso,

Nadya…

—La casa está cerca de la playa… Podemos pasar por allí y echar un vistazo. Siempre he oído decir que donde menos espera el cazador encontrar a su presa es en su propia casa.

—Quizá tengas razón —quedó perplejo Casimir; y de pronto, se echó a reír—. ¡Sí, quizá tengas razón! ¡Por todos los demonios! Eso sería ya el colmo del escarnio para los americanos… ¡Vamos a echar un vistazo por allá!

Cuando pasaron por delante de la playa donde estaba la casa de los americanos, eran ya más de las doce. Y pasaron tan cerca de la orilla, que pudieron verla perfectamente. No vieron a nadie.

—Ni siquiera están los dos coches que tenían, ni el camión que les hice preparar —dijo Lili Connors—. Si hubiese ahí alguno de ellos, habrían dejado, por lo menos, un coche, supongo.

—Vamos a dar otra pasada dentro de unos minutos como si regresáramos hacia Acapulco.

Dieron la vuelta después de navegar una milla más hacia el sur. Y cuando volvieron a pasar, todo seguía igual… Se miraron y Okavief asintió con un gesto. Condujo su lancha hacia la orilla y paró el motor cuando estuvieron muy cerca. La lancha se deslizó, ya en silencio, hasta quedar, varada en la arena.

—Parece que no hay nadie —murmuró Okavief.

—Deben estar buscándome —rió Lili Connors—. ¡Ya te lo dije! Se me ocurre una idea, por si hay alguien mirándonos: voy a ir yo sola tierra adentro…, como si tuviera necesidad de estar sola un momento, ¿comprendes? Y mientras voy y vengo, si hay alguien lo veré. Si me ves regresar corriendo, pon en marcha el motor…

—Estamos cometiendo una estupidez.

—¿Mayor que la de hacerme ocupar a mí el puesto de Baby?

Casimir Okavief movió la cabeza. Y estaba dispuesto a negarse, cuando Lili Connors saltó al agua, que le llegó hasta las rodillas… Llegó en seguida a la playa, y caminó tierra adentro, mirando a todos lados. En la lancha, Okavief se pasó la lengua por los labios, y con el codo apretó la pistola que llevaba en el sobaco izquierdo.

Nadya Chuvenko desapareció entre la vegetación, muy cerca de la casa… Reapareció un par de minutos después, y ni siquiera se molestó en regresar a la playa. Alzó un brazo, haciendo gestos de llamada.

Okavief echó el anclote a la arena, saltó al agua y se reunió con ella, rápidamente.

—¡No hay nadie! Puedes estar seguro, Casimir… Y, además, han dejado la llave en el hueco de un árbol. Me dijeron que siempre dejan una llave ahí —la mostró—. Vamos a entrar. Será cuestión de un par de minutos localizar la onda y leer parte de esa nueva información de Weygand.

Fue hacia la puerta, la abrió, entró, miró hacia ambos lados y se volvió, haciendo una nueva seña a Okavief, que entró rápidamente, ya completamente tranquilizado… Y fue entonces cuando vio a los cuatro hombres que, dos a cada lado de la puerta, le apuntaban con sus pistolas provistas de silenciador.

El agente de la MVD palideció intensamente y sus ojos parecieron saltar hacia Lili Connors, que sonreía con una frialdad en verdad escalofriante.

—¡Nadya…!

—Lleva una pistola en el sobaco izquierdo —dijo ella—. ¡Quítensela!

Casimir Okavief estaba lívido como un cadáver cuando le quitaron la pistola. Incapaz de moverse, de pensar, contemplaba a Nadya Chuvenko que, al parecer, ignorando su presencia, caminaba hacia una de las puertas del pasillo que tenía enfrente. Entró en una habitación, donde estaba la radio, con un hombre ante ella. El hombre la miró, miró sus rojos cabellos y sonrió.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó.

—Senador Jefferson D. Weygand; está viajando hacia Panamá, en su yate Lone Star. En Panamá tiene que entregar los documentos a un importante jefe ruso de esa zona.

—Entiendo. ¿Algo más?

—No. Comience a transmitir.

—*Okay!*

Nadya Chuvenko regresó a la entrada de la casa, donde la situación seguía siendo la misma. Los cuatro agentes de la CIA parecían robots cuya única misión consistiese en no perder desvista a Casimir Okavief, que parecía un cadáver puesto en pie.

—Ven, Casimir —dijo Nadya.

Fue hacia otra puerta, la abrió y señaló el interior de la habitación. Casimir Okavief entró como un autómata… En aquella

habitación había dos hombres y una mujer. Los dos hombres empuñaban sus pistolas. Uno estaba junto a la puerta y el otro cerca de la ventana… Pero la mirada de Okavief fue obsesivamente hacia la mujer que estaba en la cama, tendida boca arriba y con las manos y pies atados a los barrotes del lecho. Una mujer de alrededor de treinta años, cuyo rostro estaba hinchado y deformado por los golpes recibidos, pero cuyos cabellos rojos destacaban al resplandor del sol que entraba por la ventana.

—Nadya… —musitó Okavief—. ¿Eres Nadya Chuvenko?

La pelirroja atada a la cama ni siquiera contestó. Había alzado la cabeza para mirar hacia la puerta; la dejó caer, como derrengada, y cerró los ojos.

Casimir se volvió hacia Lili Connors.

—Lo del contrabando de drogas —susurró—. Aquello estuvo preparado por la CIA para que yo no pudiese ver llegar a Nadya Chuvenko. De este modo tú ocupaste su lugar… La esperasteis, la torturasteis, os dijo todo lo que sabía… Y tú fuiste a mi apartamento a esperarme allí, mientras yo me desesperaba con todo ese asunto de drogas preparado por la CIA… Pero…, ¿quién eres tú? ¿Quién eres?

—No es posible que no lo hayas comprendido, camarada —dijo Lili Connors.

—¿Qué es lo que debo comprender?

—Imagínate a una espía como Baby atrapada por un hombre como tú… Ella te escuchó cuando hablabas por la radio de la lancha, y tú le habías dicho que su tumba sería el mar… Ahora, imagínate a esa mujer, a Baby, corriendo hacia la lancha y, mientras tanto, pensando que la lancha debía estar preparada para irse al fondo con ella, seguramente. Hablabas demasiado… Y mientras corría, imagínate a esa mujer pensando que no le conviene escapar en una lancha que puede ser peligrosa, pero que sí le conviene recoger de la lancha sus cosas, especialmente la radio, y cierta botellita de perfume; y también le conviene que los hombres armados que ha dejado atrás, crean que se está metiendo en una trampa mortal… Entonces, imagínate a esa mujer subiendo a la lancha, poniéndola en marcha, trabar el volante y bajar a la cabina a recoger rápidamente sus cosas y, entonces, saltar al agua…, para contemplar, desde lejos, cómo la lancha salta en mil pedazos y

llamaradas… ¿Te lo imaginas, camarada?

—No es posible… Si tú fueses Baby te… te habría reconocido, yo… yo te vi; así que te habría reconocido…

—Tú viste a Lili Connors, disfrazada discretamente. Luego viste a Baby disfrazada de Nadya Chuvenko… Y no la reconociste.

—No… Es imposible…

—Eres tonto, Casimir Okavief. Llevo tintes para cabellos rojos y para cabellos rubios. En tu propio apartamento me he estado disfrazando a mi gusto… Pero mis cabellos no son rubios, ni rojos, y volverán a su color natural cuando me lave la cabeza, en el momento oportuno. Mientras tanto, observa esto…

Lili Connors se quitó los pequeños aros transparentes de plástico de sus fosas nasales; despegó sus cejas rojizas de encima de las suyas, más finas y negras; retiró del interior de su boca las almohadillas de espuma que habían estado abultando sus mejillas, retiró de sus dientes la fina película que producía el efecto óptico de agrandarlos; retiró el maquillaje de su boca, que apareció un poco más pequeña y sonrosada…

Pero, ciertamente, no era sólo Casimir Okavief quien la contemplaba con incredulidad, sino los propios agentes de la CIA.

—¡Cascaras! —jadeó uno de ellos—. No me sorprende que haya engañado usted al ruso, Baby…

—¡Usted… usted está loca…! —exclamó Okavief—. Si es realmente Baby, ¿cómo ha permitido que Weygand se llevase los documentos?

—Weygand será cazado en Panamá, junto con el jefe de la MVD en esa zona que entre en contacto con él. Los documentos serán recuperados, su jefe de zona será trasladado a una prisión, muy discretamente, para ser interrogado… y el pobre senador Weygand fallecerá en el naufragio de su yate. A los traidores no les concedemos nunca la menor oportunidad, Casimir. Y como dicen por aquí, muerto el perro se acabó la rabia. ¿Para qué complicar las cosas con juicios de traición? Eso siempre es deprimente, ¿no te parece? Al principio, creí que el traidor de este asunto era uno de los diplomáticos sudamericanos, así que quise comprobarlo. Fui allá y dije que si algo me ocurría, debían llamar a un número de teléfono de Ciudad de México. Si uno de ellos hubiese sido el traidor al grupo, se hubiera apresurado a comunicarte a ti el

extraño comportamiento de Nadya Chuvenko… Pero tú no sabías nada, te comportaste amablemente conmigo:… Por lo tanto, el traidor no estaba entre esos cinco hombres. Y sin embargo, yo sabía que existía alguien que te informaba; así que enfoqué el asunto de modo que, permaneciendo a tu lado, llegase a conocerlo. De no haber sido por eso, habría resuelto las cosas mucho antes y con mayor simplicidad, y, por supuesto, tú ya estarías muerto.

—¿Eso… quiere decir que piensas… matarme?

—Te contestaré con otra pregunta. ¿Te dice algo el nombre de Aldo Hammer?

—Era… era un enemigo mío…

—¿Un enemigo? —susurró Lili Connors—. Sólo era un adversario, un rival de profesión, que estaba realizando su trabajo.

—¡Yo también estaba realizando mi trabajo!

—No —Lili movió la cabeza—. No, Casimir. Tu trampa habría funcionado igual sin matar a Aldo Hammer, a mi Simón. Es más: ya había funcionado. ¿Por qué no llevarlo a un médico, entonces? Eso, por lo menos… Es lo que haré yo con Nadya Chuvenko: dentro de un par de días, cuando hayamos cazado a Weygand, la dejaremos marchar, después de cuidar de ella debidamente. Ella sí hacía su trabajo, así que… regresará. Tú, simplemente, gozaste matando y rematando a Aldo Hammer… Lo capturaste, lo tuviste prisionero unas horas, mientras me esperabas. Y cuando calculaste que yo había llegado ya a Acapulco, utilizaste su radio para llamarme y le metiste dos balas en el pecho… Luego, lo tiraste en la calle, como un perro, desangrándose… No, Casimir: tú no estabas haciendo un trabajo. Al menos, no el trabajo que yo entiendo que debe realizar un espía:

—¡Pero… pero no puedes matarme…!

—¿Por qué no? —se sorprendió Lili Connors.

—¡No puedes hacerlo!

Lili Connors alzó las cejas, perpleja. Tendió la mano derecha y uno de sus compañeros de la CIA puso en ella su pistola. La espía la tomó y apuntó firmemente al corazón de Casimir Okavief.

—Es muy posible, Casimir —dijo con helada voz— que hayas olvidado un expresivo refrán ruso que dice: «Tu amigo te hará un castillo…».

—¡No vas a…! —Se movió hacia delante el ruso.

Plop.

Plop.

Casimir Okavief se llevó las manos al pecho, dando un traspié. Consiguió quedar de pie, fijos sus desorbitados ojos en Lili Connors, mientras por entre sus dedos aparecía la sangre. De pronto, la cabeza cayó flojamente sobre el pecho, y esto lo desequilibró: cayó muerto a los pies de la divina espía, que terminó el refrán ruso:

—«… Y tu enemigo una tumba». Como ves, Casimir, yo también respeto los refranes rusos.

Pero Casimir Okavief no podía ver ya nada. En cambio, los agentes de la CIA sí contemplaron su cadáver, profundamente impresionados.

—¿Qué hacemos con él? —susurró Bowman-Simón.

—Entiérrenlo por ahí. ¿Ha llegado el dinero?

—Sí.

—Tráiganlo.

Sin dirigir una sola mirada más a Okavief, Baby fue a otra habitación. Cuando entró, los cinco hombres que estaban sentados en sendos sillones viejos y polvorientos, sólidamente atados a ellos, la miraron vivamente, alarmados.

—Tranquilícense —sonrió la pelirroja—; sólo he venido a pagarles.

—¿A… pagarnos? —musitó Pedro Serrano.

—Eso he dicho, señor Serrano.

—¿Quién es usted? —exclamó Olivares.

—Lili Connors, naturalmente.

Las miradas de los cinco hombres se clavaron en los verdes ojos de la pelirroja.

—Eso no es cierto —musitó Anastasio Olea.

—Es verdad —suspiró ella—. Ha sido todo un pequeño juego en el que ha habido intervención ajena. Se lo explicaría todo a ustedes, pero es un poco largo… Y en definitiva, lo que a ustedes les interesaba es el dinero, ¿no es cierto?

—Nos está tomando el pelo —mascculló Cárdenas.

—Por supuesto que no, señor Cárdenas. Le voy a pagar… Y para otra vez, cuando tengan noticias de que van a tratar con una tal Lili Connors, sean más confiados. Tuvimos que matar a dos de sus guardaespaldas, aunque, en efecto, creo que no se perdió gran cosa.

Los demás, ya recuperados de su sueño, deben estar muy lejos de aquí. En cuanto a ustedes, dentro de un par de días podrán marcharse, cada uno con cien millones de dólares. Pero les aconsejo que los utilicen bien, en su país.

—Entonces…, ¿no van a matarnos? —preguntó Barbosa.

—Eso ya podríamos haberlo hecho con gran facilidad, señor, Barbosa. No. No vamos a matarlos… Por el contrario, al traerlos aquí y ponerlos luego rumbo a sus respectivos países con todas las medidas de seguridad que convengan, les estamos evitando muchas complicaciones.

—Pero…

La puerta se abrió y entraron dos agentes de la CIA, portando cada uno de ellos un gran maletón, que depositaron en el piso. A una seña de Lili Connors, los abrieron. De los maletones sacaron unas sacas de lona, y bajo da estupefacta mirada de los cinco diplomáticos, fueron metiendo en ellas fajos de billetes de diez mil dólares. Cuando las cinco sacas estuvieron llenas y los maletones vacíos, a cada saca le fue colgada una etiqueta, con los nombres de los cinco diplomáticos.

Lili Connors, Nadya Chuvenko, Brigitte Montfort… siempre Baby, se dirigió hacia la puerta de la habitación y allí se volvió sonriendo amablemente.

—Les deseo un feliz viaje de regreso, caballeros. Me quedaría más tiempo conversando con ustedes, pero tengo que ir a Panamá.

Este es el final

—¿Y qué pasó en Panamá? —preguntó Frank Minello, mirando fascinado como siempre a su amiga del alma y amor de su vida.

La divinísima espía, sentada en un sillón del salón de su apartamento, como una diosa en su trono, sonrió, mirando como distraída hacia el gran ventanal que comunicaba sobre la grandiosa terraza que se cernía sobre la Quinta Avenida neoyorquina.

—Pues pasó lo previsto, Frankie —contestó.

—¿Mataste a ese senador, el tal Jefferson Weygand?

—Digamos que tuvo un accidente en el mar… El jefe ruso de la zona del canal tuvo más valor que Weygand: cuando comprendió que los habíamos cazado a todos, intentó escapar, a costa de lo que fuese… Y fue su vida el precio. Pero Weygand, no… No. Se rindió, como un cobarde, un bellaco sin valor para nada…, excepto para traicionar a los suyos a cambio de dinero…

—¿Y lo mataste? —insistió Minello.

Míster Cavanagh y Charles Alan Pitzer, éste último jefe del sector de Nueva York de la CIA, se quedaron mirando fijamente al mejor amigo de la espía internacional.

—¿Por qué insiste tanto? —refunfuñó Pitzer—. Brigitte ya ha dicho que el yate naufragó, que hubo un accidente, ¿no es así?

—Que me lo diga ella —gruñó Minello—. Y usted, viejo cuervo carroñero, cierre el pico. ¿Y bien, Brigitte?

—Lo maté, Frank —asintió, la espía.

—¿Y luego?

—Oiga, Minello… —empezó Pitzer.

—Luego —contestó Brigitte—, comprobé con mi líquido que los documentos eran los auténticos, y me fui en helicóptero. Fui a Washington al día siguiente, le llevé los documentos a míster Cavanagh, y volví a casa, para invitarte a cenar esta noche…

—Te adoro… ¡Te adoro, te amo, te idolatro como los hindúes a

las vacas…!

—¿Está llamando vaca a Brigitte? —rió míster Cavanagh que se sentía más importante por estar invitado a cenar en casa de Baby que por ser jefe del Grupo de Acción de la CIA.

—Ese pedazo de animal, es capaz de todo —aseguró Pitzer.

Minello había enrojecido y estaba con la boca abierta, como paralizado, incapaz de digerir sus propias palabras. En ese instante entró Peggy, la fiel sirvienta de Brigitte, portando la bandeja con vasos, hielo, rodajas de limón…

—¿Sirvo ya el martini, señorita? —preguntó.

—Sí, Peggy, gracias.

—La cena estará lista dentro de… ¿Qué le pasa a Frankie?

Minello reaccionó entonces.

—¿Sabes lo que me pasa? —gritó—. ¡Que soy un pedazo de bruto, un mastuerzo, un bocazas…!

—¡De acuerda de acuerdo! —exclamó Pitzer.

—Oiga —le miró Minello sobresaltado de pronto, al parecer—. Casi me olvido, Pitzer: ¿cómo está usted del accidente?

—¿Accidente? —se desconcertó Pitzer—. ¿Qué accidente…?

—¡Hombreee…! ¡No irá a decirme que nació con esa cara! ¡Si la tiene así, debe ser porque tuvo un accidente…!

Brigitte, Cavanagh y Peggy se echaron a reír, mientras Pitzer hacía lo posible para encajar deportivamente el chiste.

—Muy gracioso… ¡Je, je, je…! ¡Muy gracioso!

—¿Verdad que sí? Bueno, ¿qué tal si nos tomamos el martini?

—Se me está ocurriendo —dijo Cavanagh, mirando fijamente a Brigitte, expectante—, que nuestro Gobierno pudo ahorrarse quinientos millones de dejares, Brigitte. Al fin y al cabo, ya tenía usted los documentos, así que pudo eludir el pago a aquellos hombres…

Peggy, Minello y Pitzer cayeron en la trampa al quedarse mirando incrédulamente a Cavanagh, pues nadie que conociese bien a la divina espía podía decir semejante cosa. Pero Brigitte no cayó en la trampa, ni mucho menos.

—En primer lugar, señor —sonrió—, yo siempre cumplo mi palabra. Y en segundo lugar, no olvidemos ese refrán ruso…

—¿… y tu enemigo una tumba? —saltó Minello.

—Sí… Pero hay una primera parte de ese refrán que es mucho

más positiva, Frankie: Tu amigo te hará un castillo… Con ese dinero, hemos demostrado a los sudamericanos que podemos ser buenos amigos, todavía… Y aunque con quinientos millones de dólares a repartir entre cinco no podrán construir muchos castillos, esperemos que al menos puedan construir… pequeñas, confortables y sólidas chozas para que empiecen a acostumbrarse a una vida mejor… que todos nosotros les debemos.

FIN